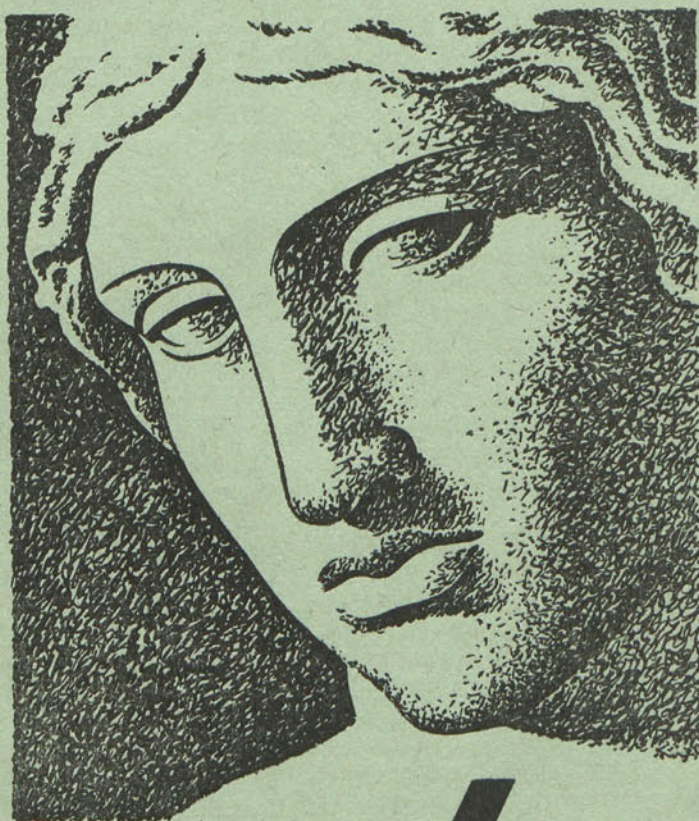


ECO

REVISTA DE ESPAÑA



4



APARTADO 502

Biblioteca Nacional de España

MADRID

VITRINA DE LIBROS

FRANCIA

Edgar Poë, por Marie Bonaparte.—(Bibliothèque psychanalytique. Denoël et Steele.) París.

Atribuye María Bonaparte, tras las novecientas páginas de su libro, la fama literaria de E. Allan Poë a la habilidad que tuvo en *sublimar* como nadie, y muy artísticamente, la sado-necrofilia. Siguiendo, en su biografía, un procedimiento por completo psicoanalítico—su obra está prologada por el mismo Freud—, dice la autora: “Los mismos mecanismos que presiden a la elaboración, en un ensueño o pesadilla nocturnos, de nuestros deseos más potentes—que son los más ocultos, y, a menudo, los más repugnantes para nuestra conciencia—, presiden también en la elaboración de la obra de arte. Fantasmas de deseos, igual que los ensueños, las obras de arte son para su creador—como para aquellos que disfrutan de ellas—una especie de válvula de seguridad para la excesiva presión de los instintos frenados. Si Poë no hubiese tenido la facultad genial que le permitía sublimar en sus narraciones sus muy tenebrosos instintos, revestirlos con el velo brillante de la estética, hubiese pasado buena parte de su vida en la cárcel o en un asilo.”

Hay que destacar el análisis detallado que hace María Bonaparte de *Las aventuras de Arturo Gordon Pym*, así como el original empleo del concepto “paisaje”.

Los no habituados al simbolismo de los psicoanalistas o sus enemigos acérrimos, que abundan, se admirarán seguramente de encontrar tantos símbolos en este voluminoso libro. Aun sin dar la razón a los innumerables detractores, por puro sistema y sin fundamento, de la Psicoanálisis, y aun mirando la cuestión desde un punto de vista meramente literario, no cabe negar el mérito de María Bonaparte, que ha desarrollado en este libro una labor de gran importancia, publicando el primer estudio realmente completo que se haya hecho sobre Poë. Denoël y Steele, la casa editorial que se dedica a la publicación de los trabajos más importantes de raíz psicoanalítica, ha tenido un franco éxito con la publicación de esta biografía. Sobre el tema de la relación que existe entre la producción literaria y lo inconsciente, pueden consultar los lectores españoles *Lo inconsciente y el crimen*—libro del que ya nos hemos ocupado aquí—, escrito hace un año por nuestro director, R. Vázquez-Zamora, en colaboración con Manuel Hidalgo.

M. V. C.

INGLATERRA

Roosevelt and his America, por Bernard Play.—Editado en Routledge. 10 s. 6 d. net.

Este libro, sin abandonar el estudio serio de la figura de Roosevelt y del mundo de los banqueros e industriales de la América contemporánea, tiene tintes satíricos que le hacen ser muy original dentro de los libros políticos. Es, claro está, de gran actualidad, pues las llagas que toca están bien abiertas estos días.

Modern illustration processes, por Charles W. Gamble.—Pitman. 12 s. 16 d. n.

Libro de aprendizaje sobre los métodos de grabado. Los asuntos de la imprenta interesan hoy a muchos, y un libro como éste, con tan valiosas ilustraciones y tan al día, estando, además, escrito con mucha claridad para el profano, no puede dejar de interesar al lector. Al final, contiene una lista aclaratoria de términos técnico-químicos y una buena bibliografía para estudios más serios en grabados, ya que el libro de Gamble es elemental.

The Best Poems of 1933.—Editor: Jonathan Cape. 6 s. n.

Esta selección de poesías ha sido hecha por Thomas Moul y lleva dibujos de Elizabeth Montgomery. Desde luego, tiene este libro el defecto de no haber incluido algunas muestras de ciertas recientes manifestaciones de la poesía inglesa. Se compone de ochenta y tres poemas, unos ingleses, americanos otros.

The Cotton Cooperatives in the South, por Wilson Gee y Edward Allison. — Editado en Appleton-Century. 12 s. 6 d. n.

Estudio económico y sociológico que representa el esfuerzo conjunto del Profesor de Economía Rural de la Universidad de Virginia y de Mr. Allison, de larga experiencia en estos temas.

The Physician's Art.—A. G. Gibson. Oxford University Press. London. Milford. 7 s. 6 d. net.

Este libro tiene para los médicos el interés de estar basado en el manuscrito de doce páginas de John Locke, *De Arte Médica*, que está reproducido en él. Este manuscrito se halló entre los papeles de Shaftesbury en el Record Office.

POLONIA

Nowe Drogi Nauki Kwanty i Materja, por Leopold Infeld.—Mathesis Polskei. Varsovia.

ALEMANIA

Grundlagen der Kommenden Verfassung, por H. Nicolai.—Hobbing. Berlín.

Bolchevismus, Kapitalismus, Faschismus, por W. Andrae.—Fischer. Jena.

Das rote Imperium, por F. A. Kramer.—Kösel y Pustet. Munich.

Politische Jurisprudenz, por R. Shober.—Heymann. Berlín.

Deutsche Prosa seit dem Weltkrieg, por Otto Forst-Battaglia.

103 Gedichte, por Joachim Ringelnatz.—Rowolt. Berlín.

LA TIERRA ES REDONDA

Admirable novela de aventuras de
LUIS DE OTEYZA,
el insuperable maestro del género.

La emoción, la viveza de estilo, el interés extraordinario que brota de sus páginas en progresión creciente, hacen de este libro, recién salido de las prensas, el camarada indispensable de los espíritus selectos. :- :- :- :-

300 PÁGINAS, CINCO PESETAS

EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA Y AL EDITOR
J. M. YAGÜES APARTADO 502 MADRID

J. M. YAGÜES - Editor
Avenida de Pi y Margall, 9.-MADRID

M. F. ALVAR

TÉCNICA CINEMATOGRAFICA MODERNA

La verdadera Enciclopedia del cine sonoro.

500 PÁGINAS 200 ILUSTRACIONES
30 PESETAS

VENTA A PLAZOS

TAREA

CUADERNOS DE POESÍA
Y PROSA, ANIMADOS POR
FRANCISCO VALDÉS

SUMARIO DEL PRIMER NÚMERO, PRÓXIMO A APARECER:

RAFAEL IBÁÑEZ:

PALABRITAS MÍAS... (poesía).

FRANCISCO VALDÉS:

CAMINOS DE SANTA TERESA (prosa).

EUGENIO FRUTOS:

POEMAS.

EROTÍCULAS.

A VISTA DE PAJARO

La producción editorial reciente arroja un elevado porcentaje de libros políticos. Esto del "libro político" ha venido a ser algo inherente a nuestro tiempo y de tal modo engarzado a la actualidad, al último interés, que quizás no fuera aventurado afirmar la existencia de un género que ocupa el tercer lugar, después del periódico y la revista de partido: el libro tendencioso; y no se dé a este calificativo el significado que, en lo que toca con la política, suele dársele. Son libros tendenciosos, sencillamente, porque, cada uno por su camino, apuntan a su fin. Y, siendo tendenciosos, son perfectamente lícitos, ya que el mostrar las sendas con claridad debe ser muy deseable en una colectividad desorientada en el laberinto de la política, como anda ahora la española. Estos libros estentóreos despiertan en muchos el ideal de un determinado partido, pues ya el lector albergaba, aletargado, ese mismo ideal. En los partidarios incondicionales, este tipo de libro reafirma la fe y sirve de poderoso estimulante. Y los que nunca van a dejarse convencer obtendrán, por lo menos, la inapreciable ventaja de saber sobre qué discuten cuando vituperan, con voces tan altas y razones tan bajas, al partido de enfrente.

Todo ello está bien, ciertamente, pero aquí no podemos olvidar un aspecto fundamental: estos libros pretenden estar dentro de la Literatura, y esto ya es otra cosa. El estilo de lucha, apto para convencer a públicos de la más varia condición intelectual—y por la precipitación que supone el que el libro tenga que caer en la actualidad en el momento preciso—, no es, justamente, el que una persona de mediano gusto pueda aceptar sin más como literario, sino que se asemeja extraordinariamente al de algunos artículos de fondo escritos de prisa y corriendo. Sin embargo, y por fortuna, no puede decirse esto de ciertos autores que, dominando las letras como cosa muy familiar y muy practicada—Giménez Caballero, por ejemplo—, han escrito sobre temas de interés político.

De todos modos, es de lamentar la desviación de la ruta

bibliográfica, que cada mes se acentúa más, hacia el lado político, sin querer atravesar con la frecuencia que lo merecen bajo las demás ramas culturales que tradicionalmente tienen en el libro su expresión. Así, la novela, que se muere en España. Así, los cuentos para mayores y los infantiles. Así, los ensayos. Así, aquellas obras teatrales que merezcan perdurar (desgraciadamente, hoy no existen), y lo demás que en la cultura necesita del libro como el alma del cuerpo. La biografía y las poesías se salvan, sin embargo, y ocupan buena parte de lo últimamente editado en nuestro país.

Pero el público quiere libros políticos. Sí; por eso no culpamos a nadie. El ritmo bibliográfico de cada época lo marca la circunstancia cultural.



P á g i n a s

“Hay libros cuya belleza formal es tan apretada, tan concluída, tan severa, que nada nuestro puede insertarse en ellos. Su superficie, compacta y lisa, no nos ofrece resquicio alguno. Nos queda sólo la posibilidad de aquiescencia o de rechazo. El pensamiento del autor parece no poder prolongarse fuera de sí mismo: de tal modo el molde de una expresión perfecta lo aprisiona. Nos atraviesa como un agudo acero que sólo da en el blanco adonde apunta. Esa precisión, ese esplendor nos maravilla sin fecundarnos. Otros libros poseen virtudes diferentes. Por los intersticios que su desorden procura podemos deslizarnos en ellos mucho de nosotros mismos. El pensamiento del autor penetra en espirales, como un tornillo, y antes de alcanzar su objetivo remueve cuanto lo rodea. Esos libros nos llenan tanto, a veces, de nuestros propios gustos, que los leemos al revés. Para entender claramente el mensaje que nos aportan hay que esperar a que nuestra emoción primera se calle un poco. Frutas lanzadas contra una colmena, no advertimos de ellos, al principio, más que el zumbido del enjambre.

Me pregunto yo, no obstante, si la clasificación que acabo de hacer no complica inútilmente una verdad de Perogrullo. A saber: que sólo podemos comprender a fondo a los seres cuyas simpatías y antipatías instintivas son semejantes a las nuestras, y que un libro no nos aclara sobre nosotros mismos, no nos enriquece de nosotros mismos más que si está de acuerdo con nuestra naturaleza o con ciertas modalidades suyas.

(De VICTORIA OCAMPO, en su magnífico ensayo “El hombre que murió” (D. H. Lawrence), antepuesto a la traducción española de “Kangaroo”, publicada por la Revista “Sur”, de Buenos Aires.



Nuevos personajes en el tablado de Unamuno

NUESTRO admirado maestro Unamuno ha reunido (1), junto con algunas novelas que vieron por primera vez la luz en publicaciones periódicas, otras completamente inéditas. Tan sólo estas últimas harán fijar nuestra atención, ya que las primeras fueron, en más de una ocasión, objeto de crítica muy cuidada, y sólo les dedicaremos aquí un sintético juicio.

Ante todo, queremos hacer una observación que la vasta y enjundiosa producción unamuniana nos ha sugerido. En nuestro país, hasta el día, ha venido cerniéndose, y se cierne, sobre varios escritores—uno de ellos, Unamuno—la molesta sombra de una absurda leyenda negra, que, al pretender motejarlos de “oscuros” e “incomprensibles”, sirve de aislador entre aquéllos y una gran mayoría de lectores.

Hay que salir al paso de semejante especie afirmando, en lo que a Unamuno se refiere, que la claridad campea en sus escritos en cuanto al estilo—que no puede ser más diáfananamente castellano—y que nunca se vieron vidas humanas tan transparentemente reflejadas. De esto último, quizá, ese efluvio trágico que de toda su obra se desprende—el cogollo humano no es más que una tragedia de variable intensidad, según los caracteres—. De ahí, si se quiere, también ese sentido suyo derrotista de la vida.

Consideremos a Unamuno como un moderno Benvenuto Cellini del carácter, si no por su exuberancia en los pequeños detalles complementarios—adrede los rehuye—, sí, en cambio, por la precisión del trazo, por la exactitud del contorno que con mano maestra imprime al precioso metal de la personalidad. Por eso, por esta honda especialidad del desnudo espiritual, es por lo que, resultando innecesario todo el ropaje material, tanto de los personajes como de la escena, no se dé éste casi nunca en las obras de Miguel de Unamuno; les restaría eternidad, y sus obras son eternas.

* * *

En *La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez*, pretende el gran escritor llegar más lejos aún, al negar, por superfluo, el argumento. ¡Pero acaso no es argumento el diario íntimo de un alma—tal vez

la suya!—. Las tristezas, desalientos y consuelos de un hombre huido de sus semejantes, antropófobo, precisamente, de la más estéril de las antropofobias, cual es la producida por la tontería y vacuidad de una sociedad anodina; todo esto creemos que no necesita argumento al cual abrazarse retorcidamente, como las plantas trepadoras al tronco que las soporta.

Pero, dejando a un lado esto, hemos de hacer resaltar, por lo admirablemente conseguido que está, el parpadío que la excéntrica e imprevista amistad de Don Sandalio—el jugador de ajedrez—produce en el alma cegada y lóbrega del incógnito autor de esta correspondencia. Amistad tanto más centelleante si tenemos presente que el medio donde brotó su consoladora llama fué el Casino del pueblo, o sea, en el ambiente más adecuado para el parasitismo espiritual.

Por eso, cuando alguna vez un conocido de Don Sandalio intenta explicar al autor de este epistolario la ausencia de aquél a la grave y recogida partida de ajedrez de todos los días—cuyo límpido silencio era quebrado esporádicamente por la pedrada de un “¡jaque!” solemne—, o cuando es el mismo yerno quien quiere rellenarle los huecos que de la vida privada del original jugador tiene, desde la partida de su hijo hasta su encarcelamiento y muerte, protesta descompuesto y salga fugitivo a refugiarse bajo un viejo roble—triste remedo de aquella existencia—, ante el trágico temor de ver cómo se desmoronaba el monumento que sobre el carácter del Don Sandalio del Casino había ido levantando.

A él, al cronista, sólo le interesaba “su Don Sandalio”, el silencioso jugador de ajedrez; no el Don Sandalio padre desgraciado, ni el Don Sandalio suegro, ni el Don Sandalio víctima de la soledad carcelaria... En suma, no quería saber nada del juguete de la vida, sino de la figura superior que su imaginación habría creado.

Después de *San Manuel Bueno, mártir*, es ésta la historia que más sabrosa impresión nos ha dejado, por lo bien percibidas que están todas las vibraciones de un alma hastiada y gastada, la del anónimo autor de las cartas—al chocar con la de Don Sandalio—, que al diferenciarse de la baja masa espiritual que las rodeaba, aprisionándolas y angostándolas a ambas, supieron unirse en un melancólico y sutil abrazo fraterno que las elevó por encima del



(1) *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más*. Espasa-Calpe, 1933. 5 pesetas.

resto anónimo y poco comprensivo de la sociedad en que vivían.

* * *

Acertadamente, Unamuno da la clave de otra de las novelitas: *Un pobre hombre rico*, cuando, al querer justificar su coexistencia en el mismo libro con una historia aparentemente tan dispar como *San Manuel Bueno*, nos habla de la trabazón tan íntima que une “al hombre que comprometió toda su vida a la salud eterna de sus prójimos, renunciando a reproducirse—Manuel Bueno—, y al que no quiso comprometerse, sino ahorrarse—Emeterio Alfonso—.” Pero lo trágico de esta novela cómica es que Emeterio, por pretender ahorrarse, por querer reservar su personalidad para sí mismo, termina por servir a los fines de otra personalidad—Rosita—. Todo esto, trasladado a una prosa tan exacta e inyectado de una acentuada vis cómica, que lo hacen entretenido por demás.

La obra refleja fielmente esa atmósfera de picardía y pequeña trampa que los que vamos a la deriva por pensiones y fondas hemos respirado más de una vez, y en la que la hija de la patrona juega tan importante papel. Vida ésta en la que en múltiples ocasiones hemos estado sentados a la mesa junto a uno de esos empleados oficiales o cuasi oficiales en cuyo vientre, algo abultado ya, descansa el germen de un pequeño burgués. Emeterio, llevando todos los finales de mes sus ahorros al Banco en que trabaja, llega a disfrutar de una rentilla algo apreciable.

* * *

Completan el volumen dos novelas más: *San Manuel Bueno, mártir*, que le da título—aparecida en *La Novela de Hoy*, en 1931—, y *Una novela de amor*—publicada en *El Cuento Semanal*, en 1911—. Como ya indicamos al principio, sólo aludiremos someramente a ambas producciones.

De la primera—sublime tragedia—sobresale por su relieve a cincel el protagonista Manuel Bueno, con

la conciencia torturada por haber perdido la fe en la doctrina que predicaba. “¡Dios mío, por qué me has abandonado!”, decía el pobre evangelista.

Otro carácter bien trazado es el de Lázaro—el hermano de Angela Carballino—, existencia también superior, capaz de comprender la tragedia de aquella alma desesperada. En último término aparece Angela, mística víctima del drama que se desarrollaba ante los ojos de su fe. “Reza, hija mía, por nosotros..., y reza también por Nuestro Señor Jesucristo...”, le decía Don Manuel.

En la segunda novela nos convencemos de cómo el dolor es el mejor estimulante del verdadero amor. No es el amor producto nuestro, sino nosotros víctima suya; pero de su necesidad y presencia no nos damos cuenta hasta que nos ha faltado. “Vivimos de él sin percatarnos de ello, como no nos damos cuenta de vivir del aire hasta los momentos de congojoso ahogo.” Por eso Fray Ricardo y Sor Ludivina se abrasaron en una misma llama desde aquella estéril y dolorosa fuga que ellos consideraron como la cuchilla de su pasión.

Constituye, pues, este nuevo libro de Unamuno un estudio-proyección de las mismas entrañas del individuo, en cuanto supone un conglomerado de elementos con fines y procedimientos de consecución propios. Es una labor de disección de la personalidad. Ahora bien; como la proporción en que se hallan repartidos estos elementos varía de sujeto a sujeto, los miembros de la sociedad no pueden conducirse del mismo modo: unos cumplen una función mediocre o egoísta, mientras que otros una más amplia y altruista; algunos tienen una personalidad de rasgos tan débiles que acaban convirtiéndose en instrumentos de algunos otros de opuesta contextura.

Y éste es el tablado de marionetas que Unamuno nos hace presenciar. Y es por lo atrayente e interesante de cada figurilla por lo que el autor cree oportuno suprimir el argumento: hasta sólo con verlas desfilar por el pequeño escenario, sin necesidad de entrecruzar sus invisibles hilos.

ARISTARCO



En penachos de dulzura
la tarde se iba durmiendo,
entre limones de verde
y naranjales de cielo.

La fuente con su cristal
romanceaba, en silencio,
nuestra pasión contenida
en cobanillos de besos.

Tú me anunciabas la aurora
de nuestro amor. Y tan quedo
era el fluir de tu alma
como el temblor de tu cuerpo.

Recogía tus miradas
el azogue de mis versos,
y la seda de tu carne
en las yemas de mis dedos.

Inclinaste la cabeza
como los ángeles buenos
(que sueñan en gris de perla,
en oro y brasa de fuego).

Con mis manos temblorosas
destrenzaba tus cabellos,
y posé mi labio firme
en el valle de tus senos.

Tú me decías, para siempre,
como una queja: ¡Te quiero!
Yo guardaba tu voz
entre alfileres de mi pecho.

En un desmayo de brisa,
tu desmayo era lo eterno,
que se hacía transparente,
en lo alto, con luceros.

El mundo se iba a lo hondo.
Y se iba bajando el cielo.
Yo con mi besar rimaba
el arroyo de tus besos.

Y al hacerse ascua el placer,
fundiendo nuestro deseo,
se iba cerrando la noche
y nuestra aurora naciendo.

poemas de amor

por

FRANCISCO VALDES



DEZIR MARINO DE AMOR

En el mar de tu mirada
anclaba mi corazón...
Y en el fondo de sus aguas
azulaba la ilusión.

Suaves aires marinos
nos traían la canción
de tu alma, estremecida
por su aliento y por mi voz.

Era un canto de sirenas
perfumado por tu olor,
que yo prendía en el cielo
marinero de mi amor.

Y cuando el blanco velero
nos conducía a los dos
por las estrellas marinas
y por las brisas en flor...

Tú eras la barca encantada,
y su remero era yo.



... Y pisarás en Hamburgo,
donde posé mi desgana;
después, las brumas del Norte
calarás con tu mirada.

Humo en penachos al cielo...
surco marino de plata...
y humo de cálido aviso
han de traerme tus cartas.

Lejos. El norte de Ibsen.
Los fiords te dirán lo clara
que es la vida entre las nieblas
por el corazón rajadas.

Pienso en ti. Te me apareces
acercada en la distancia.
Te me apareces en soles
empañados de nostalgias.

Te siento leyendo a Nora
con deseos de bautizarla,
entre esfumados contornos
de costas y de montañas.

Así te quisiera siempre:
mitad niebla y mitad agua,
y herida por el lucero
en tu frente oxigenada.

(Y cuando la mar te arroje
sosas canciones de algas,
espero que te recuerden
los perfiles de mi alma.)

¡Salud! ¡Hurra! Y al viaje
de las tierras encalmadas
en este velero mío
de las grises velas blandas.

* * *

Las pocas luces del aire
se han dormido en la mañana.
Y junto a mí se ha dormido
tu sombra fija y lejana.

Orquestación literaria

Por RAFAEL VAZQUEZ-ZAMORA

SI el libro de Aldous Huxley (1) recientemente traducido al español por Novás Calvo no llevase la indicación: "Novela", el amante de la música hubiese creído, al contemplar la cubierta azul bajo la que se esconden más de seiscientas páginas, y a juzgar por su título, que se trataba de un nuevo tratado musical, al estilo, por ejemplo, del *Cours de Contrepoint*, de Bazin. Pero no; este *Contrapunto* no es el acorde armonioso de voces contrapuestas, sino la combinación, también armónica, de varios ritmos vitales, cada uno con su ley propia de formación y con su individualidad fuertemente acentuada.

El título inglés del libro: *Point, Counter Point* (2), recuerda la primitiva técnica del contrapuntista, que tenía que colocar, efectivamente, un punto bajo otro para producir el deseado contraste; de aquí el que se llamase a esta operación *punctus, contra punctum*. Huxley, en sus primeras obras, mostró un especial interés en dar a las palabras cierta musicalidad, haciendo su inglés particularmente agradable; pero hoy esta transfusión de artes le lleva más lejos y, huyendo de supeditar el sentido al sonido, se vale de las reglas musicales para componer una novela, como Beethoven para una sinfonía. Se trata de estructurar la acción, de construir, de rimar una serie de sucesos con otra, de combinar tonos estridentes con otros apagados, de borrar un poco la satisfacción con la insatisfacción, de atenuar la desazonadora incredulidad de un hombre con la fe hipócrita de otro, de templar la sana animalidad de esta mujer con la intelectualidad fría de aquella, de que al lado de corrientes rapidísimas fluyan corrientes tardas y de innúmeros contrastes, temples y altibajos.

Además de esta armonía del conjunto a novelar, no debe olvidarse lo que constituye, para Huxley, el ideal del ser humano. Siendo éste un animal que piensa, hay que llegar—y ésta sería la perfección humana—a equilibrar a un

animal de primer orden con un inteligente de primer orden. Póngase una mitad de fisiología perfecta y otra mitad de poderoso vigor mental, mézclese, y surge el tipo humano ideal. Pero esta otra armonía no depende ya de él, novelando, sino que sus personajes—suelos de su mano—se complacen en derruir la ingenua teoría. Ninguno de ellos es un ser mitad-mitad, sino que están fríos, de inteligentes que son, y otras veces, al volcanizarse—pero siempre es un volcán con entrañas apagadas, el cráter hirviente es sólo una apariencia—, se convierten en algo difuso que se resiste a tomar la forma en un molde. Victoria Ocampo, esta admirable mujer, objetó a Huxley, sobre ese punto, con su agudeza de siempre (1), que lo que gana la *psique* lo pierde el *soma*, y viceversa, habiéndole contestado el escritor inglés con una de esas ingeniosidades científicas tan habituales en él. Esta idea del equilibrio sale a relucir, machacona, en una de las infinitas conversaciones doctas que sostienen las figuras de *Contrapunto* (pág. 154): "... Blake era un hombre civilizado—insistió—, *civilizado*. La civilización es la armonía y la totalidad. La razón, el sentimiento; el instinto, la vida corporal... Blake consiguió englobarlo y armonizarlo todo. La barbarie es inclinarse de un solo lado. Se puede ser un bárbaro del intelecto, así como del cuerpo; un bárbaro del alma y de los sentimientos, así como de la sensualidad. El cristianismo nos ha hecho bárbaros del alma, y la ciencia nos está haciendo ahora bárbaros del intelecto. Blake fué el último hombre civilizado." Empleando la propia terminología de Huxley, creo que sus personajes están muy cerca de la "barbarie del intelecto", y cuando aparentan moverse por impulsos únicamente físicos es que son tan adelantados en mentalidad que llegan a dar la ilu-

(1) Aldous Huxley: *Contrapunto*. Novela. Sur. Buenos Aires. 615 págs. 15×21 cms. 10 pesetas.

(2) Publicado en 1928.

(1) Véase el prólogo de Victoria Ocampo a la traducción castellana de *Kangaroo*, la famosa obra de David Herbert Lawrence, cuya lectura puede servir al estudioso para conocer a este escritor, que tan comparado ha sido con Huxley, últimamente por Benjamín Jarnés en *Luz*. Este prólogo presenta de un modo diáfano la personalidad de Lawrence.

sión de humanidad plena. "Tan inteligente como para parecer humano", dice Philip Quarles, el novelista cerebral que ha creado Huxley, y, en verdad, éste es un magnífico calificativo que el personaje pudo aplicar a su autor. Ese Quarles y Mark Rampion, dos escritores, dos voces en contrapunto formando una armonía: el propio Huxley. Son de un gran interés las ideas que el autor ha hecho emitir al primero de ellos en su cuaderno de notas, en el que nos deja leer en varias ocasiones.

* * *

T. S. Eliot ha dicho, refiriéndose a las novelas inglesas contemporáneas, que casi todas ellas están inspiradas en el estudio de la Psicoanálisis, o bien influidas por la atmósfera creada por este método, y, habiéndose llevado a este campo el apasionamiento que levantan las ideas freudianas por dondequiera que pasan, son muchos los críticos que ven como resultado de esto una disminución muy notable en seriedad y hondura—los nombres de Hugh Walpole (n. 1884), inspirado en los post-freudianos, Onions y J. D. Beresford (n. 1873), son muy significativos a este respecto, y sobre todo—muy especialmente en la primera etapa de su producción—D. H. Lawrence (n. 1887), cuya inclinación a Freud le lleva a dos libros: *Psychoanalysis and the unconscious* y *Fantasia of the unconscious*. Pero no hay que olvidar que la *ideal consciousness* y la *blood consciousness* toman en este autor matizaciones muy especiales. Luego, los impresionistas, en su mayoría mujeres, Miss Dorothy Richardson, en la que sigue representando su papel lo inconsciente; Miss Margaret Kennedy, Katherine Mansfield y la bien conocida Virginia Woolf. Por último, los escritores que se han dejado marcar por influencias clásicas, y téngase presente que "volver a los clásicos" es, para los ingleses, volver a la libertad que los grandes escritores del siglo XVIII habían llevado a las letras inglesas. Swift, por ejemplo, es utilizado por Garnett, y la clásica unidad de tiempo, lugar, asunto, aparece, entre otros, en Joyce, y el mismo Huxley tiene también mucha prisa por terminarlo todo antes de que transcurra un tiempo excesivo (1). En los primeros años de su carrera literaria,

Huxley se ocupa mucho de Inglaterra, por ejemplo, en su *Crome Yellow* (1921), en que describe con pluma fina un *week-end* aristocrático. Más tarde aparece un Huxley continentalizado. Su afición a lo científico, a formarse una cultura fuerte, antes de comenzar a estructurar en libros su original punto de vista ante la vida, tenía un acicate hereditario: su padre, el famoso Leonardo Huxley (n. 1860), que tantas obras biográficas y de vulgarización científica ha dejado. Su hermano Julio es el ilustre naturalista inglés.

Además de las características de originalidad y sentido agudísimo del *humour* inglés, tiene Aldous Huxley la ventaja o desventaja—que ambas cosas puede ser esto para un escritor—de estar enterado de muchas cosas que los hombres de letras no suelen dominar. Por ejemplo, la biología le obsesiona: Mrs. Quarles vuelve a ver a su hijo, después de mucho tiempo, y comienza al momento a cavilar una teoría sobre la concentración filogénica y los parecidos familiares (pág. 348). En la página 14, la descripción del aspecto físico de Marjorie, próxima a dar a luz. "Algo que había sido una simple célula, un grupo de células, una bolsa de tejido, una especie de gusano, un pez en potencia con sus agallas, se agitaba en su seno y vendría a ser un hombre con el tiempo... Y lo que había sido una ampolla gelatinosa inventaría un dios y un culto; lo que había sido una especie de pez crearía y, habiendo creado, se convertiría en un campo de batalla para la disputa entre el bien y el mal; lo que en ella había vivido oscuramente como un gusano parasitario, contemplaría las estrellas, escucharía la música, leería versos. Una cosa se convertiría en persona..." En trozos como éste, el intelectual beneficia al escritor, así como en otros en que se precisan las facultades más puramente literarias puede perjudicar el lastre científico, que, por otra parte, tanto honra al autor. En el proceso de la creación, descrito en la forma humorística que hemos visto, se utiliza un mínimo de conocimientos serios que se disfraza hábilmente diciendo, por ejemplo: "una especie de gusano". Jarnés afirmó recientemente que, así como en Lawrence el novelador resulta aumentado por el "intelectual", en Huxley, en cambio, queda disminuido. No creo que pueda sostenerse esto de un modo absoluto, ya que su inclinación hacia lo científico ha servido muchas veces al escritor inglés para dar a sus

(1) Esta procesión a través de algunas horas, la tomó este grupo de escritores de los impresionistas.

obras—revistiendo su cultura con un excelente ropaje literario—el máximo interés, incluso para el tipo medio de lector. Esto, sin embargo, no ocurre siempre y hay multitud de ocasiones en que la citada opinión cobra todo su valor. Otro caso de acorde excelente entre ciencia y literatura es la descripción del cadavérico Mr. Wetherington (pág. 31).

Hay un aspecto de *Contrapunto* que estimo interesante hacer destacar, y es la manera cómo están tratados los temas de ebullición sexual. Huxley escribe que “las orgías reales no son jamás tan excitantes como los libros pornográficos”, y recuerda a las mujeres de Pierre Louys, todas perfectas, jóvenes, sin hipo, mal aliento, fatiga ni fastidio, ni inconvenientes económicos, ni nada que turbe el disfrute. Luego, cuando él reúne a un hombre y una mujer en la misma habitación para que ambos se amen, hay un loro, un simple loro, que los incomoda, haciendo que el placer sea tan intermitente como uno de esos anuncios luminosos que se apagan y se encienden. A esto le llamo yo realismo, y no a la descripción cruda y simple de las manifestaciones sexuales químicamente puras, esto es, sin obstáculo; a esas escenas en que la imaginación de los autores—con frecuencia insatisfechos sexualmente—corre libremente, con el patín de la audacia, por todas las posibilidades eróticas. Huxley (por ejemplo, en la pág. 248) es *gráfico*, pero no *pornográfico*, que esto último es tanto como mirar por el ojo de la cerradura el goce sexual de los demás.

De entre los personajes de *Contrapunto* es muy difícil señalar a uno que lleve en la obra la canción-tema; todos, por el contrario, van a la vez, aunque con diferente ritmo. Puestos ya, como lo estamos, en paralelismos musicales, paremos la atención en la diferencia que existe entre la interpretación de un cuarteto de Haydn, en que el primer violín es casi un solista, y los de Mozart, Beethoven, Schubert o Mendelsohn—éste ya francamente romántico—, en que los conflictos se sienten apasionadamente por cada voz, en que cada violín pone el corazón y se vierte hacia un todo armónico, magnífico—el esfuerzo poético-musical de los cuatro—. Los acompañamientos tienen ya categoría principal. Así ocurre en esta novela sinfónica. Y el contrapunto empleado aquí es el de

la quinta clase o *florido*, por la profusión de dibujos melódicos que acompañan a la melodía esencial, que, aunque difusa, parece entreverse: el tipo ideal de vividor, muy caricaturizado en Burlap, que atraviesa todo el libro con un velamen de hipocresía y despego hacia lo trascendente que le permite llegar a puerto felizmente. Estos contrastes internos entre *el ser* y *el parecer ser* (Barrés, en *Du sang, de la volupté et de la mort*, tiene un trozo magistral sobre ese tema) los cultiva también Huxley en otros de sus personajes; así, en el padre de Philip Quarles, que parece que trabaja agotadoramente dedicándose, en realidad, a la resolución de problemas de palabras cruzadas.

Una de las figuras más bien conseguidas de la obra es el estropeado Sprandell, que llega al crimen como solución de una vida vacía, un hombre para quien la maldad tenía una categoría especial (1). El asesinato del fascista Webley, planeado por él y ejecutado por la mano del infeliz y terriblemente revolucionario Illidge, me recuerda al que Lafcadio, guñolesco actor en *Les Caves du Vatican*, de Gide, cometió en la persona de un pobre hombre, al que, sin más, le abrió la portezuela del tren, empujándole *para ver lo que pasaba*, o, mejor, *por hacer mal*. Y es que, si el bien puede ser desinteresado, ¿no puede hacerse el mal también desinteresadamente?; esto parecen haberse preguntado Sprandell, Lafcadio y alguno más, desde los libros de Dostoiewski, defendiendo la tesis del acto gratuito. El Destino cobra, en este libro de Huxley, la máxima importancia, pues éste lo dirige todo, y, claro está, se confunde con el poderoso cerebro del autor, que es el que ha creado ese trozo de vida para encerrar dentro a unos hombres y a unas mujeres que no pueden hacer nada, si no es moverse en el recinto y cruzarse repetidas veces los unos con los otros.

Pero la faceta de Huxley que no ha aparecido en estas líneas es precisamente la que más le hace brillar: sus teorías y sus sátiras dirigidas a puntos débiles de la sociedad moderna—no sólo de la inglesa, aunque a través de ella—, que hieren siempre, afiladas como están en la piedra, fuerte y resbaladiza, de su ironía. Y una muestra es ese *Brave New World*...

(1) Como puede apreciarse en la pág. 544 y sigs.

A propósito de un poeta y un libro

FUÉ Aristóteles el primero en decir algo que ha llegado a ser un tópico y que ahora yo tengo que repetir aquí, aunque, para variedad, lo adapte a mi modo y a mis días: "El metro y la rima no hacen a la poesía", o "No es poesía todo lo que reluce". Aristóteles no se refería, ciertamente, a la rima; pero hoy debe añadirse esta palabra tan traída y llevada. Esto es, no cabe confundir *lo poético* con *las poesías*. Ahora bien, y en sentido contrario, no todo lo que carece de metro y rima y pretende ser poesía lo es. Esta segunda afirmación es un excelente antidoto para los efectos nefastos que podría resultar a la literatura de una interpretación en exceso extensiva del principio aristotélico.

Hace ya muchos años que nos baña, periódicamente, un oleaje de lirismo. Hay en España muchos poetas—esto no es calificar, sino enumerar—, y casi hay que decir que nada más que poetas. Se ha comparado este renacer poético al del siglo de oro de nuestras letras. Sobre esto cabría mucho que opinar; por ejemplo, si debe hablarse de *renacer*, y qué es lo que renace.

Entre los libros editados últimamente en España son muchos los que contienen poesías, según indican los subtítulos o se desprende de los títulos. Luego los leo y, a veces, pongo en ellos un subtítulo, por mi cuenta, a pluma, que suele rectificar o aclarar el impreso. Es una cuestión de catalogación, prurito de biblioteca. Nadie peor que el poeta para juzgarse a sí mismo. En el número anterior de ECO, J. P. Keins negaba muy seriamente que un poeta pudiese llegar a la esfera de otro y juzgarlo: así, Boccaccio con Dante. Pero es que el poeta experimenta tales dolores en su parto lírico, que se extenua y le es difícil llegar lúcido al bautizo. De aquí tantos títulos desconcertantes y tanto

creer que se ha creado una sinfonía de palabras donde sólo ha resultado un conjunto asistemático de ruidos. Pero, diréis, también los ruidos pueden ser agradables, y especialmente lo son en esta nuestra época. Bien; pero para el que tiene aún una fe ingenua en el Buen Gusto es inevitable una cierta aversión al resonar jazz-bandesco.

Ya tenemos dos premisas: una, que es muy difícil saber, desde el poeta y—en menor escala—desde el crítico, si se ha creado poesía, mejor dicho, si se ha conseguido expresarla; otra, que en España, en lo que va de siglo, esto es, en lo que va de novecentismo, distinguimos en primer término a la poesía. Venimos mirándola hace ya tiempo, y la vemos adoptar las más desconcertantes posturas. En este carnaval de fondos y formas, ¿habrá una fijación? ¿Hemos de conocer en España una escuela poética que pueda llamarse tal? Ni escuelas, ni direcciones constantes podrían marcarse hoy en nuestra poesía. Hay imitaciones, sí; pero cada poeta sabe que cuando

está más lejos de formar escuela es cuando consigue ser muy *imitado*.

Hay un libro que está por escribir, y que Jorge Guillén, precisamente él, debería escribir; un libro que ahondase en la poesía española contemporánea. Guillén podría hacer esto con la misma agudeza y sensata amenidad con que el verano pasado ha expuesto oralmente el tema ante los extranjeros congregados en Santander. Temo, sin embargo, que el prólogo habría de ir alguna advertencia, como la de Gerardo Diego en el prólogo de su *Antología*, tan discutida, referente a la parcialidad de sus simpatías en el Parnaso. Una tal unilateralidad no le es reprochable ni al uno ni al otro; yo no concibo a un poeta sin apasionamiento y partidismo, en cuanto a orientaciones



JL

literarias; y, tanto Jorge Guillén como Gerardo Diego, "aunque no sean andaluces", son dos poetas.

Todo esto que llevo dicho ha venido enganchándose a la pluma, cuyo primer impulso fué escribir sobre un poeta andaluz: Pérez Clotet, del cual tengo aquí un libro, todo él transparente, que se llama *Trasluz* (1). No es incongruente ni caprichoso este título, pues la luz es la poesía; lo que tenemos que observar, el alma del poeta; nosotros, colocados del lado de acá, la observamos al trasluz. Que Pérez Clotet me perdone esta interpretación, pero di en pensarla cuando hube leído y vuelto a leer sus cincuenta poesías. He aquí un poeta. Leí en cierta nota bibliográfica que se ha hecho en la Prensa sobre este libro: "Preocupa al poeta un deliberado propósito de vuelta a la forma, a veces a la forma en todo su rigor." A la forma en todo su rigor no vuelve nunca este poeta—no podría hacerlo sin desvirtuar su fuerte potencialidad poética—, ni aun en *Eclipse*, citada en dicha nota crítica. Pérez Clotet no intenta, sistemáticamente, un retorno a la forma. Le ocurre que sus versos son rítmicos y que emanan sus poesías una música que acaricia blandamente. Claro que está bien manifestado, en su poesía, un convencimiento de que el abandono de la métrica convierte de nuevo a los versos en "sustancia poética". Las poesías en que adrede se abandona todo ritmo suelen dejarme la triste impresión del que ha visto en la mesa del poeta toda su inspiración licuada, esparciéndose sin remedio. "Esto, en una copa, sería exquisito", me he dicho muchas veces. Esa copa la tiene Pérez Clotet, pero la consiguió por lo que podría llamarse *ley del mínimo esfuerzo poético*. El líquido entró en el cristal y sonó armoniosamente. Ese es el buen cristal de que están fabricados los recipientes poéticos más valiosos, *que no se nota*, esto es, que no necesita de una cadencia monótona ni de un sonsonete de rima fácil.

No desdeña el poeta lo objetivo, y éste es un gran acierto en estos tiempos de enfermizo subjetivismo poético. Van desfilando chopos, nogales, olivos, la tarde, las encinas, el trigo...; todo ello, siendo natural, se ha hecho etéreo cuando el poeta lo fué iluminando con su inspiración. Una cosa es, para el hombre común,

algo que se presenta como *dado* en el mundo. Para el hombre de ciencia se trata de un *producto*; ve razones, causas y efectos. Esa misma cosa es, para el poeta, un vehículo de sensaciones, de emociones, de sutilísimas identificaciones, de suaves caricias para un alma hipersensible. El poeta asume los puntos de vista de los dos anteriores, puesto que considera al objeto como *dado* y *producido* a la vez, y sabe, además—ésta es su característica—, distinguir el aura de *significado* que circunda a las cosas. Cualquier objeto, a fuerza de mirarlo, puede convertirse en interesante; éste es un lema que los buenos poetas—los que saben encauzar una múltiple vida interior—nunca abandonan.

Hay algo que a mí, andaluz, me interesa acentuar. Se cuenta de Juan Ramón Jiménez que, hablándole alguien en cierta ocasión de un poeta castellano, dijo: "Sí, sus versos están bien..., pero es de Valladolid." En efecto, parece ser que la poesía española de este siglo se ha nutrido de los efluvios árabes de Andalucía, este maravilloso país. Juan Ramón, los Machado, Salvador Rueda, García Lorca, Alberti, Adriano del Valle y tantos otros, todos ellos andaluces. Para Maurice Barrès aún duraba en España la lucha entre moros y cristianos. Aplaudamos estas batallas espirituales y auguremos que vendrán a parar en un templo del acero toledano por el fuego andaluz. Nosotros tenemos que *aprender* mucho de Castilla, y los castellanos tienen, a ratos, que olvidar que son los profesores de español del mundo hispano y dejarse bañar por la suavidad del enervante influjo poético andaluz.

En este libro se ve hondo en el pensar. El artista no ha querido hacer tan sólo bonitura, sino que llegó a manifestaciones más sustanciales de la belleza poética. Así, en *Los cuerpos*, por ejemplo, estos versos:

Se embarca uno en las almas
cuando ya las conoce,
cuando no corre el riesgo
de naufragar en ellas.

La imaginación se escapa, feliz, en *Nocturno*, cuando

Los caballos salvajes
de la noche, ya tuercen
sus rumbos ignorados.

La noche se ha ofrecido al poeta como una esfinge, y él ha descifrado los mil confusos la-

(1) Pedro Pérez Clotet: *Trasluz* (Colección Isla), Cádiz, 1933, 4 pesetas.

tidos que un corazón meridional nunca deja de sentir en las horas estelares.

Pero adivinó también la noche más noche, la *Noche total*:

Negro silencio. No temas
que esta noche se te escape
de las manos, alma, esta
eterna noche del mundo...

Hay anhelos que se desprenden, así un su-

tilísimo perfume, de poemas como *Lo imposible*:

Amasaría con cipreses
austeros tu grácil cuerpo.

Pérez Clotet había publicado ya *Signo del alba*, otro libro de poesías, y no es—aunque nuevo en la vena poética—un novel. Tenemos noticia de que a *Trasluz* han de seguir otros libros, y lo celebramos sinceramente.

MARCELO CALDERON



Revistas españolas

Cruz y Raya. Revista de afirmación y negación.—Número 7.

A los excelentes colaboradores de esta revista se añade, en su último número, don José Ortega y Gasset, que publica la lección VII de las pronunciadas por él en la Universidad Central, el curso pasado. Este curso llevaba por título genérico: *En torno a Galileo—1550-1650—*. Ideas sobre las generaciones decisivas en la evolución del pensamiento europeo, y esta lección lleva por epígrafe: *La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo*.

Sigue el estudio de Herta Schubart sobre "Arias Montano y el monumento al duque de Alba", al que acompañan tres magníficos grabados. Dámaso Alonso llega a la conclusión—en su artículo "Escila y Caribdis de la literatura española"—de que la dualidad es la ley fundamental de nuestra literatura y nuestro arte. Los dos polos simbólicos de nuestro mundo literario son, para este poeta, Lope de Vega y Góngora, lo popular y lo selecto y universal.

José María de Cossío ha seleccionado varias poesías de Pedro de Jesús. En la sección *Cristal del Tiempo* aparece Manuel Abril, y en la *Criba*, Fernández Almagro, comentando el último libro de Unamuno.

Isla.—Hojas de arte y letras. Números 2-3.—Cádiz.

Este número doble, verdadero índice de la poesía moderna, contiene varios sobresalientes trabajos. Cumple a la justicia que destaquemos *Ondina*, de Benjamín Jarnés, bello poema en prosa, sin que por ello pierda todo su encanto y emoción, e idealidad, cosas que contiene en alto grado, como ese pobre idiota, Mauricio, que, ansioso de eternidad, se hunde en el mar en busca de la estrella que alumbró, por un momento, su vida. "Rectilíneo iluminado, va siguiendo su ruta..."

Entre las poesías, abundantes, P. Pérez Clotet nos presenta *Mundo Nuevo*; P. Minelli-González, *Bailarines de pies desnudos*; Pemán, una suya, *Miradores*, y unas traducciones libres del poeta magiar Andrés Ady.

Además colaboran: Arturo Serrano Plaja, Alfredo Marquerie, Vicente Carrasco, Guillermo Díaz-Plaja, Ildefonso Manolo Gil, etc.

Revista de Occidente.—Año XI, número CXXIII.

Sumario: Jeans, Lemaitre, Sitter, Eddington: *Un debate científico sobre la evolución del Universo*.—D. H. Lawrence: *El oficial prusiano*.—T. Andrae: *Mahoma*.—José Ortega y Gasset: *En el tránsito del cristianismo al nacionalismo*.—NOTAS: Benjamín Jarnés: *Almas a la intemperie*.



MUSEO LITERARIO

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

LA NOVELA

Por JOSE M. CERREJON

VALENCIA—esa bella sultana a cuyos pies, mansa y amorosamente, viene a rendir pleitesía el Mediterráneo, ofreciéndole sus espumosos rizos y sus imperecederos recuerdos—ha sido sacudida, días pasados, por descargas de entusiasmo. La playa y la huerta, arrinconando las preocupaciones y zozobras del mañana, se han unido en un estrecho e íntimo abrazo, contribuyendo al grandioso homenaje que la tierra levantina ha rendido al más recio y frondoso de nuestros novelistas: Vicente Blasco Ibáñez.

Parece como si su alma hubiese errado quejumbrosa por no haber conseguido, aún, su débil envoltura corpórea el cálido abrigo que ella deseaba ocupar y su tierra natal ofrecerle. ¡Por fin, puede ya el espíritu del universal escritor descansar en su eterna vida olímpica! El pueblo valenciano, al recoger tan apoteósicamente sus restos, ha acabado por poseerlo materialmente—espiritualmente nunca se separaron—: la tierra acabó fundiéndose con su más preclaro y enaltecido fruto.

ECO se adhiere también, por mi mediación, a ese homenaje, y se honra dedicándole el *Museo literario* del presente número. Desgraciadamente, los medios no están en proporción con el objetivo: el entusiasmo y la admiración fuertemente ligados me estimularán y dispensarán en esta empinada tarea.

Blasco Ibáñez puede considerarse como el más genuino y auténtico representante de nuestra novela. Es ésta la manifestación más ponderada y el reflejo más aproximado de la vida real: con su contenido de alegrías, tristezas, idealismos y materialismos. Todas estas vibraciones grabadas en una materia que tan blanda y dócil se ofrecía al ilustre escritor: la Naturaleza.

Una de las características de su obra fué la *naturalidad*—que no hay que confundir con el realismo descarnado—; nunca cayó en las exageraciones en que han caído escritores de las más variadas tendencias.

En España—como en los demás países—

existe el prurito de la clasificación, y el desgraciado escritor que cae en manos de uno de esos “clasificadores” o “eruditos”, inmediatamente es fijado—igual que la crisálida en el álbum de un naturalista—en un grupo: “generación del tanto”, “escuela tal”... Nada hay tan absurdo ni tan inexacto. La existencia de algunas escuelas en el amplio campo de la literatura no impone, como condición *sine qua non*, la pertenencia de todo escritor a una de ellas. La base que para semejante enjuiciamiento sirve de apoyo a dichos “críticos” son semejanzas más o menos borrosas, que no resisten un detenido análisis.

Con Blasco Ibáñez se siguió—fatalmente—idéntico procedimiento: había que localizarlo, a toda costa, en alguna escuela. La escuela naturalista, en todo su apogeo entonces, le sirvió de albergue, y Vicente Blasco fué considerado como el “Zola español”. Sin embargo, la débil contextura de las premisas llevó a un resultado tan distante de la verdad.

De la novela se han dado múltiples definiciones, más o menos artísticas. Stendhal llegó a compararla con “un espejo paseado a la largo del camino”. Todas tienen un fondo común. Todas suponen una visión de la realidad. Pero entre esa realidad y su proyección sobre el papel media el cristal subjetivista del escritor. Aplicando a la literatura las palabras bíblicas tan conocidas, podría decir: *El escritor hace a su obra a su imagen y semejanza*. Así decía con mucha precisión el llorado maestro: “Entre la realidad y la obra que reproduce esta realidad existe un prisma luminoso que desfigura las cosas, concentrando su esencia, su alma y agrandándolas: el temperamento del autor.” ¡Y ya sabemos la variedad tan absoluta que en esta materia impera!

Es, pues, la novela un barajamiento de datos reales en el que aparece siempre la maestría del jugador. Por eso resulta imposible—como apuntaba más atrás—hablar en términos tan cerrados de escuelas literarias que impongan sus estáticos cánones—como el Regla-

mento de una asociación—a todo mortal que asome a la vida literaria.

que tan rápida y cómodamente encajaron al insigne levantino.

Pero Blasco Ibáñez, el novelista, con ser tan admirable, no lo es tanto como el hombre, en el más amplio sentido de la palabra. De haber

vivido cinco o seis siglos más atrás—en que la leyenda y la fábula estaban a la orden del día—, le hubiésemos tenido trasladado a la Historia seguido de un cortejo de aventuras, peripecias y lances y rodeado de una aureola casi mítica. La tónica de su vida se formó siempre a base de fuertes pinceladas, de incesantes contrastes. Su naturaleza, totalmente dinámica y polifacética, no podía tolerar por mucho tiempo una misma dirección. Por esta razón hemos podido verle desde agitador político y frecuentador de cárceles y presidios hasta ser amigo íntimo



de jefes de Estado y morador de palacios; desde la más descarada pobreza hasta llegar a fundar pueblos en América y manejar millones...

El admirable maestro vivía las novelas con la misma facilidad y displicencia con que las escribía. Del mismo modo que, por un impulso interno, no podía permanecer inactivo o desarrollar por mucho tiempo la misma actividad, así, no bien acababa de lanzar una novela, cuando se le presentaba el germen de la siguiente, que terminaba por salir fuera por un procedimiento tan curioso como donosamente explicado por el gran escritor: “Crece en mi imaginación—la novela—; de feto se convierte en criatura, se pone en pie, golpea mi frente por la parte interior, y tengo que echarla fuera como

De ahí la distinta impresión que en nosotros deja la lectura de ambos escritores. Mientras que Blasco nos hace vivir y respirar la Naturaleza, hinchando nuestras venas y acelerando el ritmo de nuestra vida, contagiados por esa exuberancia y lozanía que brota de su pluma, Zola, en cambio, nos vierte gota a gota el acíbar de la exagerada—y, por tanto, pensada—tragedia con que reviste a la realidad, dejándonos como un guiñapo con el optimismo perdido. Y esto es lo que no han sabido ver o, mejor, sentir los

una parturienta, so pena de morir envenenado por la putrefacción de mi producto falto de luz."

Como hombre de acción—pues la vida se le presentó con sus cien caras—, la novela que de su pluma saliese tenía que reflejar el ambiente experimentado. Y esto infirió otro fracaso a la crítica ligera. Al aparecer sus primeros frutos literarios, se le consideró como un escritor más de costumbres y vida regionales: si tan fácil había sido tenerle por el "Zola español", era de suponer que ofreciese menos dificultades el calificativo de "regional", máxime teniendo en cuenta que por aquel entonces aparecía confirmado por los hechos. Pero, a poco, con obras como *La Catedral*, *El Intruso*, *La bodega*, etcétera, demostró que su imaginación, también podía traspasar los límites de una región. Aún fué más lejos, y al emprender su caminata internacional fué dejando como huellas imborrables *En el país del arte*—Italia—, *Oriente*—Balcanes y Turquía—, *Los argonautas* y más tarde *La tierra de todos*—Argentina—. Y como resumen, esos magníficos volúmenes de *La vuelta al Mundo de un novelista*. Al vivir con tanta intensidad la trágica contienda que ensombreció a la civilización durante cuatro años, produjo, con una precisión rotunda, la célebre trilogía *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare nostrum* y *Los enemigos de la mujer*. Complétase esta imperfecta lista con otras novelas y cuentos, y tendremos el último eslabón de esa cadena de genios literarios fecundísimos que se han dado en España.

Pues bien; pese a tanta extensión, nunca se notó en su pluma cansancio o agotamiento. Compenetrado íntimamente con la Naturaleza, y tan pródigo como ella en condiciones y facultades, las escenas y paisajes por él transcritos deslízanse con suavidad extraordinaria: tal es su espontaneidad y finura. Y es tanta la propiedad y exactitud de la narración, que su sola lectura hace funcionar a los cinco sentidos juntamente. Todo aquel que haya leído *Arroz y tartana* tendrá que confesar que ante la descripción de la plaza del Mercado de Valencia por Nochebuena habrá oído perfectamente las voces de los vendedores y los monótonos chillidos de las inocentes víctimas; habrá sentido, como

punzadas, los sollozos de los pobres muchachos aragoneses abandonados por sus padres para que *hicieran suerte* en aquella Valencia tan dorada; habrán percibido ese inconfundible moscardoneo de las muchedumbres, y, apretando un poco más, me atrevería a decir que, tal vez, algún lector sacase dolor de cabeza y más de un pisotón...

¡Y qué impresión tan profunda nos produce, y qué versión tan clara de la realidad nos ofrece en *La barraca*, el cuadro—mitad trágico, mitad calenturiento—de Batistet rodeado de su familia enloquecida de terror y desesperación, viendo venir a tierra su albergue, incendiado por la implacable venganza de todo el pueblo! "¡El pan!... ¡Cuánto cuesta ganarlo! ¡Y cuán malos hace a los hombres!"

Quien no haya escuchado el hervor de las aguas lanzadas, encolerizadas, fuera de su cauce, y quien no se haya sentido purificado con el balsámico aroma de la huerta valenciana en una noche primaveral, leyendo *Entre naranjos*, creo firmemente que es digno de compasión.

¡Qué fuerza evocadora la de las páginas de *En el país del arte*, que nos hace revivir las grandezas de dos pueblos—el romano y el español—tal vez los más geniales que alberga la Historia!...

Pero, ¿para qué seguir? Sería una incesante—aunque agradable—repetición. En todas sus obras se nota la fortaleza, la exuberancia y la naturalidad del hombre que las creó.

Voy a terminar. El dolor que la muerte de Vicente Blasco me produjo ha sido reavivado, incrementado, por el homenaje tan legítimo que la bella ciudad del Turia le ha rendido, ya que ha puesto de relieve la pobreza novelística que se padece hoy en nuestra patria, comparada con la opulencia de otros días. Es realmente lamentable el fenómeno de agotamiento espiritual y artístico que estamos padeciendo. El panorama que nuestra novela de hoy ofrece, con sus horizontes tan prosaicos y reducidos, es tan mortecino y desalentador, que sería desdeñado hasta por el menos exigente. No nos queda otra solución que volver la vista al pasado.

Por eso, por todo eso, Vicente Blasco Ibáñez perdurará en nuestra memoria.

Psicografía

LA comezón intelectual que el mundo contemporáneo siente por adentrarse en el laberinto de la vida de los hombres célebres hace que muchos nos paremos a reflexionar sobre las causas de tal corriente, hoy vertiginosa. Pero no van por ahí mis esfuerzos del instante, sino dirigidos a la fijación de conceptos con relación a un nuevo género literario.

No temo exagerar si digo que la biografía actual es una novísima clase de literatura, por lo menos gran parte de ellas, en las que se encuentran las más leídas por el público. A ellas me refiero, y creo que debemos llamarlas, con propiedad, PSICOGRAFÍAS.

Entre la biografía al estilo clásico y la actual existen notables diferencias; forman las primeras ingente montón, en que se hallan registrados nacimientos y muertes, acontecimientos, cuento de hechos, obras, fechas, frases. Las segundas, todavía escasas, aunque se basan, o deben basarse, en todos esos datos que exclusivamente formaban las antiguas, no los sacan a la luz, sino las reflexiones que le han sugerido al autor. Queda oculto el armazón sustentador, que en las primeras dificultaba la visión del edificio ahora fácil de ver y admirar en todas sus perspectivas.

La biografía nos dice cuándo y dónde nació, qué cosas hizo y cuándo, dónde y cómo murió tal o cual personaje; la psicografía, más rápida y aligera, más a tono con la vida moderna, más escueta, pero más profunda, nos dirá cómo era.

Raro encontrar unidos ambos géneros, como en el *Robespierre* de Hans von Hentig, que, sin dejar de ser una biografía meticulosa y detallada, es una penetrante y esclarecedora psicografía. Sin embargo, el entresijo de fechas y más fechas, detalles, frases, cartas y decretos hacen oscura la visión plena de su carácter, a veces oculto con tal o cual travesaño.

La lectura de algunas obras de Emil Ludwig y Stefan Zweig es lo que me determina más inmediatamente a apuntar estas observaciones, que de seguro no tendrían tan exacta justificación sin sus obras.

Ejemplifiquemos brevemente. El *Freud* de Zweig no tiene partida de nacimiento ni demás papeles engorrosos que envuelven la existencia humana registrada en tantos archivos y ficheros; mas tiene su espíritu propio; vemos cómo piensa y reacciona, cómo lucha y siente; queda manifestada la esencia de su obra, y el hálito ambiental que le envuelve sigue alentándole en las breves páginas del psicógrafo. No nos encontramos con un Freud disecado y mustio, prensado por fechas y datos, cual esas flores apergaminadas entre las páginas de un libro, sino con el Freud—alegre—jovial, entusiasta, infatigable en la fe y en el trabajo, que sigue en Viena estático en su vida humana—cuarenta años en la misma casa, tado reglado—y renovador constante de su ciencia.

Más tarde, en *Momentos estelares de la Humanidad*, se muestra el sagaz clínico que ante los ató-

nitos compañeros deslumbrados por síntomas alarmantes encuentra el *quid* de la enfermedad en un “detalle tonto”, por ninguno considerado. ¿Cómo iba un “historiador serio” a afirmar que el destino de Napoleón quebró en Waterloo por el espíritu obediente y sumiso del fiel Grouchy, que, a pesar de oír el estrépito de la batalla, no acude en auxilio del Emperador porque no ha recibido una contraorden? Este historiador nuevo cree en el alma de la Historia, caminando por las rutas vírgenes que en ella ha abierto H. G. Wells. ¡Qué ironía! Un poeta, un “dilettanti”—como le llama Ludwig—ha dibujado las líneas fundamentales de una nueva historia del mundo. Los historiadores clásicos sólo sirven de peones de estos grandes artifices. Aquéllos recogían materiales y creían hacer un edificio con sólo amontonarlos; los de hoy levantan el edificio basándose en ellos, pero dejándolos ocultos por la decoración de su elegante estilo. De un montón de ruinas, que era la Historia, hacen una cosa dinámica.

Ludwig, sutil buceador, se adentra en las almas por el más pequeño resquicio que ofrezca el sujeto psicografiado. Cuando dice: “El monje florentino precursor de Lutero, seco, con facciones de asceta fanático, nariz ganchuda y boca grande, apasionada y elocuente, predica la penitencia desde el púlpito de San Marcos. Ya está excomulgado y pronto lo quemarán vivo: tal es la decisión del más disoluto de los Papas”, nos coloca ante el espíritu de Savonarola, al que ha llegado por su faz—que Gracián decía llamarse así porque indica lo que se hace—; con una breve evocación nos traslada a aquel ambiente de metífica descomposición.

* * *

La vida entera de Sarah Bernhardt ha sido un continuo ir más allá de lo posible en pleno prodigio y milagro.

MIRBEAU.

En un reciente libro—editado por Apolo—acaba de visitarnos Sarah Bernhardt, presentada por G. Geller. Cuidadosamente hemos seguido los vaivenes de su azarosa vida y después hemos soñado. Al sueño de su realidad hemos unido el de nuestra fantasía.

Una lucecita tenue—falta de cariñoso cuidado—que nos atrae. El temor continuo, angustioso, de que tan preciosa esperanza sucumbirá de un momento a otro. La sorpresa de ver cómo la que suponíamos débil lucecita, ajena de cuidado y de sustancia, va creciendo: consumiendo su propia vida, pero alcanzando proporciones de hoguera en el calor y en la luminosidad. La lucecita que creíamos condenada a pronta extinción, que a lo más hubiese prolongado su vida a costa de una mediana existencia, ha realizado el mi-

lagro de una vida intensa y extensa, fuera de todo cálculo.

Así se desarrolla la existencia de Sarah Bernhardt, la eterna insatisfecha de sí misma. Su cuerpo es débil, nunca alcanzó la plenitud; su espíritu vivió huérfano de todo cariño, calentado sólo por las sombras de su tía Rosina y de madame Guérard; más tarde, por su hijo.

Siempre estamos pensando: ahora se va a morir; pero no, Sarah no tiene tiempo de morir; su actividad, su constante ir y venir—ir y venir a hacer siempre algo—se lo impedían. Si no hubiese tenido tanto quehacer, si sus inquietudes y aspiraciones hubieran sido menores, a buen seguro que se hubiese muerto antes, o que se hubiese dado la muerte, cosa en que pensó alguna vez; pero, como tenía que hacer tantas cosas...

Nadie tiene fe en Sarah sino ella, y con eso le basta; cada cual es el consejero de uno mismo a quien seguimos más propiciamente; de nada hubiera servido a Sarah que los demás hubieran tenido cifrada en ella sus esperanzas, si ella no las hubiese tenido puestas en sí mismo. A pesar de sus primeros y ruidosos fracasos, está segura de que acabará por triunfar; es orgullosa, tenaz y, además, tiene una amiga fiel que no la permite desmayar: Sarah Bernhardt. De mano de ella llega a su primer triunfo: el día 14 de enero de 1869, dos nombres, el de Sarah y el de François Copée, se ponen en marcha hacia la gloria, guiados por "El Caminante". Tras el triunfo dramático, su inquietud y desasosiego la llevan a probar nuevas rutas: la escultura, hoy; más tarde, la pintura. Ante todo hecho nuevo chocará su impaciencia; no sirve para aprender; necesita crear, ser perfecta. Su vida toda es sed de infinito, de absoluto, de asomarse a horizontes sin límites. La insatisfacción, la lucha, y un único modo de combatir los deseos: satisfacerlos.

La luz no se apaga, toma incremento con las primeras brisas gloriosas, y los laureles que cosecha son quemados para producir, a su vez, otros más fuertes destellos que deslumbren a los primeros y preparen nueva cosecha que supere la primitiva. A los resplandores de esta hoguera, París se hace visible; las aguas del Canal se tiñen de reflejos; de mano de Jarret, Sarah da el salto, cayendo en Inglaterra entre las aclamaciones unánimes, muy fuertes y sentidas, no tanto que impidan hacerse notar las de un joven alto que lanza hurras estentóreas y que se llama Oscar Wilde.

De aquí en adelante, Sarah Bernhardt tiene entre sus manos la estrella de los vientos y juega a des-puntar las rutas que señala; tan ligera camina, que parece impaciente enamorada que consulta a la mar-garita: "¿Sí? ¿No? ¿Sí?..."

Todo lo devora: caminos, propósitos, tiempo, hasta

los 1.500 kilómetros que, estando en Nápoles, la separan de la felicidad; pero su idea está conseguida al poco tiempo: sus treinta y ocho años consiguen aprisionar los veintisiete de Aristides Gamala, el griego de rítmicas proporciones, como sus antepasados.

En el Arte, los autores pasan, ella permanece la misma: Sardou, Dumas, Víctor Hugo, Rostand, Mirbeau, E. Morand, Luis Verneuil..., frente a la siempre divina Sarah, la de la voz de oro, ante la que se arrodillaría Víctor Hugo vertiendo lágrimas.

Su vida inquieta se verá asaltada por dos guerras: la franco-prusiana de 1870 y la trágica de 1914. Sarajevo. Ella exclamará: "*Vivir dos guerras es demasiado!*", aunque eso no la impida, heroica y genial, ya con una pierna amputada, acudir a levantar el espíritu de las tropas representando delante de los soldados, en las avanzadas. Es por derecho propio la embajadora del espíritu francés, y con él marchará a través del mundo, tan dispuesta a dar una representación de carácter patriótico como a lanzar una arenga; tras oírla hablar se ofrecen nuevos voluntarios.

Cuando regresa a Europa acaba de firmarse el armisticio. Nuevos años de lucha y de triunfo. Sarah es oficial de la Legión de Honor. El 25 de marzo de 1923 descansa, por vez primera, en la boca un artístico delirio de versos de *Phédre* y de *L'Aiglon*.

Ya se disculpa de antemano Geller de no poder ofrecer una obra definitiva: el estar relativamente recientes ciertas personas que intervinieron en la vida de la insigne comediante le ha privado de poder utilizar documentos que la delicadeza de algunos cree no deben ser publicados. Pero con los datos que recoge hay los suficientes para hacer la biografía que él nos muestra, montada con resistente armazón, del que nadie podrá prescindir. Nos enteramos de todo lo que hizo Sarah Bernhardt, y a veces incluso de cómo era.

La obra de Geller, construida a la usanza clásica en la biografía, no deja de apuntar al carácter de la biografiada; no siempre consigue presentárnoslo con acierto, debido, en parte—sin duda—, a esa falta de datos de que nos da cuenta.

El estilo, muy ligero y ameno, contribuye a hacer, junto al enorme interés que suscita una vida tan llena de recovecos y peripecias como la de Sarah, un libro agradable; quizá ése sea su principal defecto. Yo creo que su vida fué tan intensamente dramática que no es posible interpretarla a través de un estilo tan ligero. La tragedia no se puede representar con música de cuplé.

MANUEL HIDALGO



notas bibliográficas

En torno a *Raíz y decoro de España*, de Gregorio Marañón. Espasa-Calpe. 1933. 5 ptas.

Poco tiempo puede pasar sin que el doctor Marañón nos dé muestra de sus grandes dotes de pensador y afortunado escritor. A su *Amiel*, de grato recuerdo, obra en la que nos hace una fina disección anímica del oscuro profesor ginebrino—ese gran egoísta cuyo nombre nadie conocería si no hubiese sido por la paciencia que tuvo de escribir cientos y cientos de páginas formando su célebre “Diario”—, siguieron *Once lecciones sobre el reumatismo*, de la cual ya ECO se ocupó en su día, ésta de matiz profesional. Pero el tipo de obras que su público, formado principalmente por la tan amplia clase media, acoge con verdadera ansia es la del género que nos ocupa. La juventud española, principalmente la universitaria, habrá recibido también con alegría su esparatización.

En la obra que comentamos—*Raíz y decoro de España*—, formada por una serie de ensayos, Marañón nos pone de manifiesto su acendrado españolismo, queriendo, sobre todo en el primer ensayo, titulado “Deberes olvidados”, *tocarnos al corazón* a los españoles y recordarnos que frente a todos los *derechos*, tan de moda en estos tiempos, tenemos también *deberes*. Cada ciudadano y cada clase social tiene diferentes deberes, y son distintos también éstos en uno y otro sexo: “El deber del varón como tal varón es trabajar y producir. El deber de la mujer, como ente sexual, es ser madre.” Refiriéndose a la juventud, dice que ha sido la que más ha olvidado sus deberes. “La juventud lo disculpa todo”, gran tópico de moda siempre. “Ser joven ha sido para nuestra generación algo así como una categoría de dios pagano.” Y todos quizá hayamos tenido la culpa, dice (aunque individualmente se siente libre de pecado). Termina diciendo: “Por todo, el joven actual—o grupo de generaciones jóvenes—es el prototipo del hombre desequilibrado por la hipertrofia del sentimiento del derecho sobre el sentimiento del deber. El joven de hoy, a la inversa de San Bruno, da uno a los demás por cada ciento que exige y toma para sí.” El doctor Marañón, con su fina percepción psicológica, nos descubre estos motivos tan descuidados por todos. Trata a continuación del deber profesional del médico futuro, que tendrá en cuenta—y ya se debía tener—que en toda enfermedad, por más somática que sea, no se debe dejar en olvido la ayuda de fuerza tan poderosa como la *sugestión*. En el trabajo titulado “Eugenesis y moral”, que es un admirable capítulo reforzado de sus “Tres ensayos sobre la vida sexual”, nos vuelve a hablar de la terrible paradoja de que cuanto mayor es el número de hijos de una familia, menor es el de los que sobreviven. Marañón puede decirse que fué uno de los que hizo que a los

españoles nos preocupasen algo más los problemas de la sexualidad, no todo lo que debiéramos, pues en nuestro país, a pesar de que en estos últimos años se ha sentido cierta inquietud por tan interesantes materias en forma de conferencias, publicaciones, etcétera, algunas de éstas, doloroso es reconocerlo, tienen poco matiz científico y rayando en la pornografía, y esto es lo que no se puede tolerar de ninguna manera.

En España es donde menos se publica de estos asuntos, y en cuanto a revistas, no tenemos ninguna que se ocupe de estos temas, y mucho menos del motor principalísimo, el inconsciente, que, según las doctrinas del profesor Freud, mueve todo esto (1). Nos referimos a la ciencia de la investigación del inconsciente, a la tan combatida Psicoanálisis. Por cierto que Marañón, al ocuparse en otro ensayo de la que-
ma en la Alemania de Hitler de las obras de Freud, fija su posición hostil a la Psicoanálisis, sin que esto le sea obstáculo para que implícitamente acepte concepciones del ilustre psiquiatra vienés.

En “El porvenir de la cultura”, comentarios al margen del Congreso celebrado en Madrid por el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, no participa Marañón de la conclusión siguiente del Congreso: “No se ve claro el rumbo de la cultura.” El sí parece ver la senda cultural bastante diáfana.

En “La lección de los malogrados”, trabajo en el que nos habla del escritor Navarro Ledesma, de Ganimet, de Julio Antonio, el escultor, y del gran psiquiatra Achúcarro, nos dice: “Que no trabajamos y creamos porque vivimos, sino que vivimos porque creamos.” “El príncipe explorador”, el duque de los Abruzzos; “Un amigo de España”, Pierre Paris; “Psiquiatras de España”, semblanza de las seis gran-

(1) Aunque el decirlo nosotros puede parecer inmodestia, ECO, por rara excepción en España, se enfrenta valientemente con los problemas de lo inconsciente cada vez que la aparición de un libro interesante sobre este tema tiene que ser comentado en nuestras páginas.

des figuras de la Psiquiatría nacional: Esquerdo, Jaime Vera, Simarro, Pérez Valdés, Nicolás Achúcarro, Sanchis Banús; son éstos otros tantos ensayos de los once de que consta la obra. En su último ensayo, uno de los mejor logrados, "Elogio a la sabiduría", nos refiere la vida del gran sabio Pasteur. Sus estudios en un ambiente humilde, que fué necesario para su formación. "La ciencia, sobre todo, no crece más que en los ambientes austeros. Como la llama del fósforo, necesita un frote áspero con la realidad para encenderse." El célebre Claudio Bernal, padre de la Fisiología moderna; nuestro Ramón y Cajal, y tantos otros hombres de ciencia, sin medios materiales apenas e improvisándose todo, son otros tantos ejemplos. Combate al estudiante "empollón", que tanto se da en nuestras Universidades, y dice: "¡Guerra a los números uno, a los sometidos incondicionalmente a las pautas estrechas de la escuela"; Marañón se disculpa de haber sido en una ocasión "número uno". Un conocido profesor nos decía también que el estudiante que más valía no era el "matrícula en todas las asignaturas", sino el que en medio de las rutinas pedagógicas de nuestras Facultades—y de paso diremos que con la República, tan ansiada por todos los universitarios, no se ha conseguido hasta la fecha todo aquello que signifique el romper viejos moldes y hacer un plan racional de enseñanza universitaria—, este estudiante hacía con tropiezo la carrera y, de pronto, en una asignatura obtiene la máxima calificación. Este será el hombre que sobresaldrá el día de mañana en determinada rama del saber humano. Recuerdo haber oído referir que en la generación de estudiantes a que pertenece Marañón—y lo refiero por creer que tiene cierto sabor anecdótico—, el doctor Juarros era el antípoda de Marañón. El ilustre psiquiatra era el último estudiante "divertido". El autor de los *Tres ensayos* era, en cambio, el primer estudiante "serio".

"Pasteur—dice Marañón—aparece apartado de toda preocupación sexual. Es el antípoda y reverso de don Juan." Nos hace notar que el sabio francés era católico practicante, sin que esto fuera obstáculo para dedicar todas sus actividades a la investigación de la materia y hechos vitales. Pero también es verdad que no era un fanático; su creencia no era perjuicio para sus investigaciones científicas.

En resumen, diremos que *Raíz y decoro de España* forma un conjunto de ensayos muy bien logrados, con lógicas diferencias de valor, pero todos admirables en algún concepto, en los que con la prosa clara y amena a que nos tiene acostumbrados el doctor Marañón, nos pone en contacto con una serie de temas, todos de palpable actualidad, haciendo sentir en el ánimo del lector la inquietud del momento. La obra está dedicada a la juventud de España y América, en la que el autor pone sus esperanzas.

M. V. C.

Obras de Ricardo Güiraldes: *Cuentos de muerte y de sangre*. Espasa-Calpe. 5 ptas.

Aún me parece ver los caballos cansados, con sangre en los ijares, correr por la pampa; los militares

siempre en guerra, tropel de armas; el frío de algún cuchillo, y los caminos largos, como desiertos. Estos cuentos de muerte y de sangre tienen un sentido amargo. Trazados rápidamente nos hacen ver lo que el autor ha querido mostrar de las cosas de su tierra, y muchas veces un final breve deja una angustia por la que se entreven paisajes extraños. Es América. La América distinta a nuestros campos y costumbres. Son las palabras criollas, las que expresan dejadez, frialdad, momentos emotivos. Es la sangre por amor, guerra o borrachera. Es la muerte en el desierto, en el pozo maldito o en el río. Cuentos, sucesos que llevan pulsaciones agónicas o silencios de muerte.

A estos cuentos siguen cuatro aventuras grotescas, entre las cuales resalta la titulada "Sexto", escena de niños, de un alto valor poético. Los niños, abrazados sin malicia, y enseñados bárbaramente después en el mal, ver inexplicablemente un ave blanca y unas lágrimas redondas.

Cierra este interesante libro una trilogía cristiana. Equidad, santidad, castidad, son los lemas que pueden enfrentarse con sus verdaderos significados; humor indeciso, leyenda que recuerda al Bécquer antisemita y falsa castidad o problema sexual del misticismo. El tono literario no pierde en este final, pero el fondo nos deja algo indecisos, por lo que hemos de volver a los valores de cuentos de muerte y de sangre.

Ricardo Güiraldes tiene un defecto para los lectores españoles. Su lenguaje está profusamente aderezado por americanismos. Usa muchas veces la jergonza popular o jerga nacional que se conoce por "huasa" o "gaucha". Para entender a Güiraldes en todo su sentido hace falta manejar un diccionario del lenguaje criollo.

R. B. L.

Luis de Oteyza: *La Tierra es redonda*.

Luis de Oteyza es un *gentleman* de la literatura; viajero incorregible, lleva siempre pronta su vena de periodista ingénito para deslumbrar a los lectores con el regalo de sus impresiones por el mundo.

Por encima de sus cualidades artísticas—que las tiene bien contrastadas—, sobre todo el nervio de su obra, Oteyza alcanza rango de solidez en el mercado literario del mundo, por su amenidad, por su cautivadora e irreprimible amenidad. Narra y describe como habla, sin alardes descriptivos que difumen la acción, sin requilorios pirotécnicos que diluyan el interés.

Antonio Fernández, un muchacho idealista que se educa a la sombra de un tutor, obtiene de éste un empleillo en el Banco Central, como remate de su educación mesocrática. Monotonía, cifras y cuentas corrientes. La vida del mozo discurre tediosa, llena de horizontes plomizos. El sabe que la tierra es redonda y bella y quiere catar—joven—todo el beleño de sus néctares. Ebrio de inquietud abandona un día el Banco y se lanza Océano adelante como ayudante de cocina. No importa el oficio plebeyo. Su fantasía lo dignifica por la emoción del ideal...

... Y el mundo empieza a descubrirle sus miserias y sus grandiosidades. Vive. Y el mar—premio a su gesta—le ofrece, para que las cuente a los que quedaron en España, las maravillas de cuatro Continentes.

De Norteamérica nos dice la hegemonía imperiosa de sus mujeres, la corrupción de su Policía y de su Justicia, su “kolosalismo”, su xenofobia a ultranza. A Cuba le canta una romanza de enamorado, plena de belleza y tersura. De Méjico nos cuenta sus costumbres, la tragedia sorda del indio embrutecido y humillado, los generalitos que juegan a la revolución en emulaciones de bajeza y dumbre gaucha, supersticiosa y resignada.



La grandeza geológica de las Islas Hawai, con su metrópoli — Honolulu — torpemente occidentalizada, invadida de mercaderes.

El Japón “heroico y galante”, siempre lleno de seducciones para las almas ricas. El viejo y poético “Yamato”, pleno de lejanía y leyenda. El “Yoshivara”, al que

Loti supo arrancar combiante de satánicos éxtasis. Las “musmés” quebradizas y los “kimonos” llenos de pájaros y flores lujuriantes. Los “samurais” y el cuento de “los cuarenta y siete capitanes”. Nara y Tokio. Yokohama y Kioto. La pincelada azul del “Fushiyama” y los ritos milenarios de los “soghunes”. Las lacas de Niko y Kamakura; la poesía aligera de las “geishas” con sus “getas” y su melancolía; la tentación heroica del “harakiri” y la fragilidad inefable de las niponas...

Después, la vida prócer en los fastuosos trasatlánticos; ese mundo completo y turbio de las áureas multitudes flotantes: la horizontal ultramarina, el tahir de pulcro indumento, las señoritas yankees, que en independencia selvática practican todas las audacias y catan el polen de todos los placeres.

Y luego Shanghai, meca de la confusión cosmopolita; Hong-Kong, “standardizada” por Inglaterra; Filipinas, mediatizada por Norteamérica y por las Ordenes religiosas; las cintas rútilas de Singapur, Colombo y el Mar Rojo. El istmo de Suez, la carroña pútrida de Port-Said. Por último, Génova, con sus magnificencias y sus puestos de macarrones. Barcelona, tan española, a pesar de unos y de otros.

El buen mozo andariego ha vuelto al lar de sus mayores, y quiere más a España que antes. Su espíritu sensible, al contacto con otras tierras y otros hombres, se ha depurado en el crisol de las más puras exaltaciones...

La Tierra es redonda seguirá, a no dudarlo, las

huellas de su protagonista, cosechando lauros por esos continentes de Dios.

F. R. D.

M. E. Ravage: *La vida de María Luisa, la emperatriz inocente*. Espasa-Calpe, S. A. 1933. 14 X 22 centímetros. 7 ptas.

En el número 2 de ECO, nuestro director, R. Vázquez-Zamora, se ocupó en su artículo “Las grandes colecciones españolas” de esta colección, *Vidas extraordinarias*, que Espasa-Calpe viene publicando paralelamente a su otra serie, *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*. El último volumen publicado en *Vidas extraordinarias* es el libro de M. E. Ravage sobre la emperatriz María Luisa, la segunda mujer de Napoleón. Bien conocido es el tríptico sentimental formado por las dos emperatrices sucesivas, Josefina y María Luisa, y el corso, Napoleón, el hombre que ansió, más que amar, un resultado práctico del amor, un hijo, para entregarle luego la gloria, que era su única pasión. Este libro rehabilita la figura histórica de María Luisa, injustamente considerada, en general, por los historiadores.

Esta biografía de la segunda mujer del Aguila, madre del tan deseado Aguilucho, ha sido traducida del inglés por Julio Huici Miranda.

Julio Bernácer: *Cazador de sombras*. Editorial Juventud, S. A. Barcelona. 1933.

De igual modo que, bajo la tempestad, a un período de agitación y zozobra sucede imprevistamente un estado de calma, para de nuevo comenzar los elementos su titánico forcejeo, así, en el género novelístico español, a esa época de dinamismo que arranca de fines del pasado siglo, ha sustituido un marasmo que va sembrando alguna preocupación, un reposo que va arraigándose tanto, que debemos huirle y temerle como los marinos a las calmas chichas.

Quizá alguno se extrañe. “Pues ¿qué?—dirá—; ¿no aparecen constantemente nuevas publicaciones en las librerías?” Sí; tiene razón; constantemente vemos aparecer novelas; pero novelistas no. Y si la novela—como los restantes géneros literarios—es una emanación de su autor, una transfiguración de su alma, es de suponer que donde el artista no existe no puede haber material útil para el arte; eso sería, como vulgarmente se dice, pedir peras al olmo. Lo cual no es óbice para que estos “escritores de novelas” gocen de gran predicamento en un determinado sector del público.

Algo de lo que ocurría con Georges Ohnet, de cuya producción hicieron una acabada semblanza Jules Lemaitre y Anatole France. Es tan chispeante, que no podemos resistirnos a citarla. El primero dijo en *Les Contemporains*: “Suelo hablar a mis lectores de asuntos literarios; que me dispensen hoy si les hablo de las novelas de M. Georges Ohnet.” El segundo, bajo el título “Fuera de la literatura”, elogiaba en *La Vie Littéraire* una sola página de cierto libro de ese desafortunado escritor; del resto,

decía: "Confieso que lo demás del libro me ha parecido inferior." La única página a que se refería el ilustre escritor francés decía, textualmente: *Volonté, par George Ohnet, soixante-treizième édition*. Y este juicio cuadraría, con toda justeza, a esa turbamulta de "escritores" que tratan de encaramarse por el arte y cobijarse entre sus pliegues. Es lástima que los pocos escritores buenos que poseemos, bien por dedicarse a la literatura política, bien por desempeñar cargos oficiales, bien por desarrollar una labor periodística o de ensayos, hayan dejado desierto y estéril como un páramo el jugoso y fresco prado de nuestras letras.

Un nuevo libro de Julio Bernácer ha hecho resaltar las anteriores reflexiones, a la vez que ha iluminado los rincones de nuestro pesimismo con la chispa de la esperanza. Ya antes—con *Mediterráneo*—se mostró como un poeta de artístico y delicado temple.

En su última publicación, de título simbólico—*Cazador de sombras*—, nos ofrece un conjunto de percepciones sentimentales admirables. Su alma, profundamente mística, transparente, sin sombra de niebla alguna; toda la Naturaleza con sus diamantinos latidos. Su fina y suave pluma consigue imágenes tan delicadas que amenazan quebrarse.

Bernácer es, ante todo, un espíritu sentimental. De un temperamento tan vibrante y sensible como el de Agustín Ribalta—protagonista de su novela—, que se embriagaba de la húmeda poesía de una noche cabe al estanque, sobre cuya tranquila lámina reposaba la luna. "A veces, un rizo del blando céfiro de la noche deshojábala en un temblor de pétalos de plata."

El nervio de la obra lo constituyen las angustias de un hombre de una vida interior sensitiva y cristalina en demasía, que tiene que enlodarse, por exigencias prosaicas y rutinarias de la vida, en el semillero frívolo de la sociedad actual. Y, ¡claro!, ante la imposibilidad de adaptación, el fracaso fué rotundo. Un temperamento que se extraviaba ante "el bullir de copas de árboles que se esponjan y rumorean con delicia de mujer acariciada entre sueños"; una vida cuya esencia fué siempre "una aspiración constante, falta de realidad y consistencia, siempre en fervido anhelo de cosas que se le huían, como el agua en el cuenco de la mano cuando ésta se cierra..."; un hombre, en suma, de una vida espiritual tan recogida y, por ende, tan intensa, difícilmente podía coexistir en un frenesí de atuendo y andamiaje como el de nuestra sociedad. Por eso, ante la magnitud de la derrota, y más aún, ante el dolor de ver cómo hasta los frutos de su propia sangre, hasta sus mismos hijos, nacían tan perfectamente compenetrados con aquel ambiente, que tan desconocido y digno de compasión se le antojó siempre, decidió desaparecer, huir de los suyos, que, sin embargo, no eran suyos, acabando la solitaria flor de su desdichada existencia en una de las soledades frías y plateadas de la roja Rusia; en uno de aquellos paisajes ante los que, cuando de niño se entretenía viéndolos en láminas, "sentía como un estremecimiento contagiado de frío y pasaba la hoja apresuradamente, no gustando de

recrearse en la contemplación de lugares absurdos que nunca tendría que visitar".

Por este libro, tan interesante, parece que corre el hálito de Gabriel Miró, a cuya "divina memoria" aparece delicado. Bernácer ha sabido destilar sobre estas páginas todo ese encanto trémulo y rumoroso de que es capaz su pluma mediterránea.

Tal vez el único pero que se le pueda poner a su obra es estar excesivamente recargada de encajes. Quizá haya hecho vibrar con demasiada intensidad la cuerda lírica de su alma de enamorado de la Vida y de sutil descubridor de sus más doradas manifestaciones.

J. M. C.

Emil Ludwig: *Tres titanes*. Editorial Juventud. Barcelona. 1933. 20 ptas.

Ya habíamos dado cuenta, en uno de nuestros números anteriores, del *Miguel Angel* de Ludwig, que Editorial Juventud lanzó a los escaparates a principios del verano pasado. Ahora le han venido a hacer compañía al coloso italiano dos figuras gigantes, el mago del claroscuro, Rembrandt, y Beethoven, el paradójico sordo. Los tres titanes dan al libro una gran solidez. La forma descomunal, la luz siempre buscada y los sonidos mejor ensartados; he ahí una maravillosa trilogía. Escultor, pintor y músico, que, sin dejar de ser grandes hombres, han sido sencillamente y más a menudo de lo que se piensa hombres no más, y estorbando el genio a la cotidianidad, han conocido poco a la felicidad fuera de sus horas de embriaguez artística. Este libro es particularmente bello entre los de Ludwig, por el enorme interés que ofrece al hombre preocupado por la historia del Arte y al que presta a la historia de la civilización la atención que una persona del siglo xx ha de prestarle, un estudio tan amenamente profundo como éste sobre estas tres grandes cumbres artísticas, Rembrandt, Beethoven y Miguel Angel. La presentación del volumen acredita que ya en España va preocupando el arte bibliográfico. Toda la colección de obras de Ludwig está siendo editada por Editorial Juventud con una solidez y elegante sobriedad que hace de sus libros, aparte del contenido, siempre selecto, un buen adorno para la biblioteca.

Gutiérrez Solana, por Cecilio Barberán. "Artistas contemporáneos". II. Ediciones de Arte Urgabo. Con 15 ilustraciones. Madrid, 1933 (12 X 17 centímetros). 4 ptas.

Reaparición de Gutiérrez Solana. Primero en el libro de Barberán. Luego, casi conjuntamente, en los salones de la Exposición de Otoño y en el breve y apropiado de la Agrupación Artística Castro-Gil, que consiguió presentar varias facetas del artista en el tiempo y en las formas.

Siempre, al hablar de Solana, aparece la referencia a la esencia del alma española. No es de esperar que yo, que he defendido y afirmado una España íntegra frente a la incompleta visión que sólo

aprecia una España *negra*, venga a ahora a identificar el arte de Solana con lo esencial español. Pero éste no es el propósito que él se propone; simplemente pinta, y somos los demás, los comentaristas, los que hablamos de esa pretendida representación en sus cuadros de la sustancia de nuestra raza.

A pesar de sus posos intelectuales, no creo en Gutiérrez Solana la pretensión de pintar a España. Pinta a una parte de España, a la peor, a la miseria, al vicio y al crimen, a las ruinas biológicas de una nación y de una raza. Es éste un problema al margen de sus pinturas, pero imprescindible de tocar aquí, máxime cuando ha poco me enfrentaba con otra opinión pareja que creía encarnada la esencia nacional en las novelas de Hoyos y Vinent, oponiendo mi más rotundo mentís a juicio tan miope y unilateral.

Solana, artista inconfundible, factura nativa, permanente, unilateral, formado, consecuente, no ve—no ha querido ver o no ha podido ver—más que a los fracasados, a los rictus amargos de la vida; realidad, indudable, pero no toda la realidad. ¿Que por qué ha visto sólo esa parte? ¿Que por qué lleva al Arte el lodo y no el fuego o el aire?... ¡Ah! Ese es cuento para otra ocasión.

Lo que no es posible desconocer, ni negar, es que Gutiérrez Solana solamente pinta una pequeñísima parte de la realidad española, de la España ruinosa—pingajos y rotos—, anacrónica en su mayor parte.

Lo dicho no quiere aventurar nada sobre la valoración de la obra del artista. Va contra los que llevan en su interior la visión de las miserias españolas y humanas y exageran su ceguera al defender que en Gutiérrez Solana se halla la exacta y precisa representación de España.

Pinta de un modo honrado—entendiendo por honradez consecuencia con lo que cada cual lleve dentro de sí—, poniendo el espíritu en cada una de sus obras. Puede que a alguien—de seguro que a muchos, a mí entre ellos—no le gusten los temas tratados; pero lo que sí me parece indudable es que una vez dado el tema no hay humanamente sino un medio de conseguirlo, de darle toda la vida—sucia—que reclama, de mezclar el espíritu—mejor el lor— a la pasta oleosa, tal como él lo hace.

Ni *Jesús descansando en brazos del Padre Eterno*, del Greco; ni *Los fusilamientos en la Moncloa*, de Goya; ni *El beso de Judas*, de Solana, pueden conseguirse más justamente de lo que lo están. Entre el Greco y Solana existe más de un punto de contrapuesto contacto, y a veces de contacto; en primer lugar, en la fuerte tendencia constructiva, plástica, de sus obras; es, en segundo, la ejecución misma de los temas. Sólo que el Greco pintaba lo espiritual, lo vagoroso y sutil, mientras que Solana se apega al lodazal fangoso para sacar de él a sus figuras, chorreantes de cieno y miseria. No debieran entrar en los dominios del Arte; mas ya que consiguieren entrar, mejor es que lo hagan en estado natural que no con ropajes falsos.

Las dos técnicas, la que representa a lo divino—a lo demasiado divino, como es la emoción y el espíritu vidente y asombrado—y la que representa a lo

humano, a lo demasiado humano, ruindad material y del alma—si es que queda alma en la ruindad material—; sensualidad decadente en lugar de fructífero amor, son justas, puesto que lograr darnos, casi siempre, idea clara de las emociones que tratan de plasmar.

No tenemos derecho a más; ni al Greco le hubiéramos debido decir que descendiera un poco hasta la realidad media, ni a Solana debemos pedirle otro tanto en cuanto a elevación de temas. Cada uno es como es y no vamos a variar le los demás su naturaleza hasta acomodarla a nuestro particular gusto.

Yo creo que la posición que adopto es la lógica cuando sólo se trate—como en este caso—de juzgar la obra pictórica. Aparte de nuestras preferencias y gustos íntimos, de agrado o desagradado de temas, hay que reconocer que sus cuadros tienen bastantes logros. La precisión con que traslada al lienzo o al papel el espíritu mísero de sus composiciones, es justa.

Otras interesantes cuestiones, tales como la motivación que le mueva en su elección de temas y su predilección por una clase de ellos, quedan aparte de la tarea de hoy; tendrán más apropiado lugar en una psicografía que no dejará de ser curiosa, según parece.

El libro de Barberán, de preciosa hechura, pasa por la obra de Solana "*por el camino de en medio, sintetizando sus márgenes*". Breve y claro, constituye una guía utilísima para no extraviarse por el arte de Gutiérrez Solana, uno de los que más contribuyen a formar el laberinto de la pintura moderna. De la que se puede tomar en serio, se entiende.

M. H.

Jiménez Barberi: *Jardín interior* (Poesías).

Huelva, lugar donde nacieron tantos literatos ilustres—Juan Ramón, Nogales, conde de López Muñoz—, ha dado a luz un poeta lírico. Un poeta lírico que tiene en su alma todas las melancolías, todas las dulzuras, todas las languideces de los atardeceres onubenses; un poeta que escribe sus versos con lágrimas, que pone en sus rimas la nota dorada de una brillante imaginación.

Huelva—cuna donde se mecieran tantas plumas ilustres—se ha sentido alumbrada por la antorcha de un nuevo poeta. Un poeta que pulsa la lira, ahuyenta con sus sonos los espantajos materialistas y baña las almas con perfumes de espiritualidad.

En *Jardín interior*—su primer libro—hay pensamientos profundos, hondos, como su poesía "*La vida y las vidas*". Tiene también ideas llenas de bellezas éticas, como su "*Canción al buen sembrador*". Otras veces nos recuerda a Bécquer, el autor inmortal de las rimas, tachadas injustamente de "suspirillos germánicos".

En estos tiempos de materialismos groseros, de pasiones bastardas, la poesía debía languidecer y morir; mas no es—por fortuna—así. Por doquier nacen nuevos poetas, que, como en la rima de Bécquer, sólo esperan

una voz que le diga:
levántate y anda.

En esta época de ruindades y bajezas, la poesía debía marchar a su ocaso; pero no es así. De todas partes nacen nuevos valores que acusan un perfil, una modalidad en la literatura hispánica; en un ayer no muy lejano se levantaba la voz potente de Rubén Darío, y hoy nace un García Lorca, con sus romances que saben a sangre y a sol. Y es que la poesía no puede morir, porque habla al espíritu, y el espíritu es la esencia de la raza. Se modificará con el tiempo; tomará nuevos caminos, se inventarán nuevas formas poéticas, mas no dejará de existir.

R. M.

Giménez Caballero: *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España.* Ediciones de *La Gaceta Literaria*. Madrid, 1933; 13 X 19 cms., 5 ptas.

La Gaceta Literaria, como nueva ave Fénix, renace de sus cenizas, pero metamorfoseada, pues ahora son libros, los de Ernesto Giménez Caballero, y el último lleva precisamente unos adornos cenicientos en la portada, atractiva y suave: *La Nueva Catolicidad*. Abajo, una mano extendida sale de la manga de una blusa. Este brazo, en esta actitud misma, lo hemos visto infinitas veces en fotos y dibujos; hasta el movimiento unánime de miles de estas aspas apuntando al cielo nos lo ha traído muchas veces el cine. Por ello, hasta el más profano en política contemporánea que vea este libro sabe que a la mano y a la manga—lo único que percibe en el pequeño grabado—sigue un completo uniforme; que junto a éste hay innumerables camisas del mismo color—puede ser pardo, o negro, o quizás azul—, y que esos brazos señalan todos un rostro cesáreo o un pequeño bigote, más célebre hoy que el de Charlot. Flotando sobre ese compacto haz hay un ideal: el fascismo. Y esa fe, esa energía hecha acción política, es la que corre a través de *La Nueva Catolicidad*.

¿Qué actitud ha de tomar un crítico literario, libre de prejuicios—si es que esto es humanamente posible—y hasta cierto punto imparcial en asuntos políticos—esto quiere decir que no es hombre de este o del otro partido—, ante un libro que defiende entusiásticamente la política fascista?

Siendo la Literatura, esencialmente, una *comunicación espiritual*, un arte en el que, mediante el lenguaje, se expresa—desde el autor—y se reproduce lo expresado—en la mente del lector—, y siendo la comunicación lo esencial, un crítico literario que pretenda serlo serenamente, sólo ha de examinar un libro de la índole del que ahora comentamos con la finalidad de observar hasta qué grado satisface o no esa necesidad de relación mental, indispensable para que nazca la obra literaria.

Claro que esta labor sólo ha de emprenderla el crítico con autores de cierta solvencia intelectual y literaria, pues con muchos otros libros políticos,

tras de leerlos, ha de dejarlos como se deja el periódico, pasada la momentánea situación, o, si el interés documental es grande, se recorta esta página o aquélla, como se hace con un artículo atrayente. Ahora se trata de Giménez Caballero y se trata, además, de un libro bien realizado.

Hay una *Nota preliminar* que es toda una llamada a la atención del lector, un toque de clarín. El mismo autor afirma, hablando de la posibilidad de que una nueva catolicidad esté ya, como un águila, moviéndose allí muy alto, encima de España, de modo que espíritus despiertos puedan distinguir una levisíma sombra moviéndose, quizás en estos mismísimos días, sobre el suelo patrio: “Este libro aspira, con insistencia de alucinado y de amante, como gallo de albas nuevas, a clarinear su bienvenida.” El autor se ha puesto todo él en su *Nota preliminar*, y este personalismo no puede extrañarse en un inspirador fascista. Es un umbral de hierro para entrar en el libro. El lector, al pisarlo, sabe que va a oír voces de mando y no consejos, intuiciones—corazonadas históricas—y no elaboración sobre el riguroso y frío mecanismo histórico; sabe que está ante un hombre que va a construir sin necesitar de todas las piedras, y que lo hará tan bien que, al final, el edificio se sostendrá perfectamente; y, en verdad, razonar, pensar, intelectualizar para socavarlo es difícil, pues la brevedad y sencillez de todo lo que se dice, y, además, el enorme entusiasmo que en él hace de cemento presta, como en arquitectura, enorme solidez al conjunto. Y el estilo empleado a través de las páginas de este libro del “Robinson literario de España” es justamente el que se necesitaba para esta finalidad. La distribución es sugestiva: Introducción: *Roma está en Europa*.—Primera parte: *¿Qué es Europa?*—Segunda parte: *Sueño europeo*.—Tercera parte: *Nueva Catolicidad*.—Cuarta parte: *Catolicidad, España*. El centro del libro está en Roma; el autor va y vuelve, se asoma a Ginebra, oye ruidos de Oriente que le alarman, establece fronteras de antagonismos y mira, receloso, a Francia, nuestra vecina gorda. En España ve cómo nace, se desarrolla y muere “la ilusión heterodoxa”. Muere en Azahara, según el autor, que tiene un libro sobre este hombre público. Volviéndose ya del todo a nuestra España, dejando a Italia, que, “por sí sola, terminaría por chocar contra Alemania”, y a los alemanes, que “con su criterio racista no lograrían universalidad”; quedándose, pues, solo, este *Robinson literario* se puso la mano por visera para protegerse de nuestro sol abrasador, y comenzó a otear los campos y las villas, por ver si vuelven a salir los caballeros que hicieron las cruzadas universales contra el turco y el luterano, que esta vez serán contra el marxista y el liberal.

No podemos silenciar cómo se muestra, una vez más, el autor documentado y científicamente al día en las sencillas notas eruditas que tanto avaloran a este libro, dándole el interés de lo que D'Ors se complace en llamar “La Obra Bien Hecha”.

En resumen, hay una finalidad, un propósito de inculcar en el lector una fe, y como el vehículo es

excelente—la fuerza expresiva de Giménez Caballero—, ese fluido eléctrico llega a su destino.

R. V. Z.

Constantino Suárez ("Españolito"): *Escritores españoles*. (Antología.)—Editorial Juventud, S. A. Barcelona, 1933; 4 ptas.

En el *Prefacio* ha explicado Constantino Suárez el objeto que se propuso con la publicación de esta antología: "llevar a conocimiento de los muchos españoles en edad escolar una elemental difusión de nuestros principales valores literarios, sin la fatiga mental que les supondría estudiar la Historia de la Literatura". Contiene el libro biografías inéditas y trozos selectos de centenar y medio de autores españoles. Desde el anónimo cantar de Mío Cid, Gonzalo de Berceo, Alfonso el Sabio y el infante don Juan Manuel continúa el autor pasando su mirada, inteligentemente selectiva, a través de nuestra Literatura, y, siguiendo un orden rigurosamente cronológico, llega a Clarín, la Pardo Bazán, Mariano de Cavia, Menéndez y Pelayo, Gantivet, Cejador, Blasco Ibáñez y Gabriel y Galán.

En momentos de desconcierto literario, como los que ahora atravesamos, nada mejor que detenerse un poco a fijar los valores españoles. Ofrecer la Historia de la Literatura en forma que el muchacho se apresure a leer por su cuenta, ya que en el libro no percibe indicio alguno del "texto oficial", que tanto suele hastiarle, es labor muy loable. Hay en esta antología una magnífica colección de retratos que contribuyen a grabar en las mentes jóvenes las eximias figuras literarias, de cada una de las cuales ha ofrecido "Españolito" una pequeña piedra preciosa en este cofrecillo de las letras españolas que él ha construido para los muchachos de España. Hemos de hacer constar nuestro aplauso al hecho de darse al público un libro tan cuidadosamente editado como éste, al precio reducido de cuatro pesetas.

"*El Príncipe*", de Maquiavelo, comentado por Napoleón Bonaparte. (Versión castellana y estudio crítico-biográfico de Edmundo González-Blanco.) Editorial Bergua. Madrid, 1933.

He aquí, en esta obra, dos cosas eméritas: una, el esfuerzo del escritor E. González-Blanco, que ha dado a conocer en español una joya bibliográfica oculta: las apostillas del Gran Corso a la obra del diplomático florentino. Otra, la exhibición del alma de Napoleón—admirador, contra su gusto, de Maquiavelo.

El formidable escéptico, educador de príncipes, pasa ante la lente de su biógrafo sin recatar una sola arista de su espíritu complicado. Derrumba el pedestal que le hicieron sus apologistas y pulveriza la leyenda negra con que le aprofaron sus difamadores. El jurisconsulto y tesorero de la *Marca*, el trotamundos inquieto y señoril, el secretario de Marcelo Virgilio, esposo de *Marietta Corsini*, y fasci-

nado por el poder de César Borgia, sale del cálamo del comentarista como lo que realmente fué: como un patriota cien por cien a quien las directrices de su época convirtieron en un perverso circunstancial que dió a los estadistas del futuro, en *El Príncipe*, un catecismo de gobierno.

Napoleón se retrata solo en sus glosas a la obra del gran florentino. Son notas marginales, escritas en distintas épocas de su vida, sin propósito de darlas a la publicidad. Después de Waterloo—1815—fueron encontrados unos papeles en su coche que constituyen el mejor análisis de su modo de reaccionar ante el pensamiento de Maquiavelo, a quien admira, a pesar de los dictérios de "pobre hombre" y "moralista cursi" con que le zahiere en el curso de sus disquisiciones.

En esas glosas, rudas, pero inflamadas de sinceridad, Napoleón se ríe de Maquiavelo unas veces, y otras le promete seguir sus máximas. Acaece esto último cuando el Emperador de Francia lee lo que escribe sobre la utilidad de la perfidia, las excelencias del poder sin mengua, los ditirambos al despotismo guerrero y autocrático. Entonces aprueba su conducta, y lo desdeña cuando predica la bondad con el enemigo. El "amor del pueblo" es para Bonaparte una puerilidad.

En resumen: para conocer la vida del maestro de políticos y las honduras insondables del alma del Corso, es muy útil este libro de González-Blanco.

Hesiodo: *La teogonía. Los trabajos y los días*.—Herondas: *Los mimos*.—Teofrasto: *Los caracteres*.—Librería Bergua. Madrid, 1933; 11 X 16 cms.; 250 págs. 2,50 ptas.

El editor Bergua, continuando su bien conocida *Biblioteca de bolsillo*, publica ahora el número 26, que contiene las obras de Hesiodo, Herondas y Teofrasto. Cada una de ellas va precedida de un detenido estudio crítico, histórico y biográfico, y seguida de unas notas aclaratorias del texto.

José Luis Sánchez-Trincado: *La novela picaresca*. ("Cuadernos de Cultura.")—Valencia, 1933.

En la colección popular "Cuadernos de Cultura" ha aparecido una producción de nuestro colaborador José L. Sánchez-Trincado: *La novela picaresca española*. Su título proyecta una luz diáfana sobre el contenido del pequeño volumen. El autor, capacitado plenamente para semejante tarea, elabora un detenido estudio comparativo de dicho género novelístico.

Con agudeza estudia la picaresca en la historia de nuestra literatura. Paralelamente a la exagerada tendencia mística o idealista del siglo XVI brota, antitéticamente, otra literatura también exagerada: la novela picaresca. Notablemente exacto se nos presenta Sánchez-Trincado cuando, comparando al caballero y al pícaro, afirma que toda la actuación altruista del primero viene determinada por la fe que tiene en la humanidad; en cambio, el pícaro, por

la experiencia tan amarga que de la vida tiene y el juicio tan sombrío que ha formado sobre el mundo, es fatalmente egoísta.

Merecen, asimismo, elogios sus notas sobre *El alma del pícaro y el alma española* y *El pícaro y su siglo*. Hacemos estas indicaciones a título de ejemplo; toda la obra está matizada de observacio-

nes atinadas, que demuestran una suficiente preparación para el tema desarrollado.

La novela picaresca, esa rama de nuestra literatura que tanta lozanía alcanzó entre nosotros, aparece convenientemente estudiada en la obrita de José L. Sánchez-Trincado, desde su prehistoria hasta nuestros días.



Revistas extranjeras

The Hispanic Review.—Volume I. October 1933, number 4.

Esta revista, dedicada a la investigación del idioma español y de su literatura, publica en su cuarto número interesantísimos trabajos. Alice H. Bushee ha escrito un estudio sobre *La prudencia en la mujer*, de nuestro Tirso de Molina. Diez valiosas reproducciones de primitivas páginas impresas y manuscritas de dicha comedia admiran al español, al comprender el interés que el grupo de editores que lanza esta revista muestra por el mundo cultural hispánico. William J. Entwistle inserta un trabajo sobre Góngora, el poeta siempre actual. Sigue *La Corte literaria del Conde de Lemus en Nápoles, 1610-1616*, de Atis H. Green. Olav. K. Lundeborg se ocupa del género de la palabra *mar*, siendo muy de notar una estadística de las veces que los escritores españoles modernos emplean este vocablo en un género o en otro. Creemos de bastante interés traducir las conclusiones a que llega el autor:

1. *Mar* es del género ambiguo, pero su significación varía, en cierto modo, según el género que se use.
2. Cuando se trata de la designación de un determinado mar u océano, siempre es masculino.
3. En el uso moderno es preponderantemente masculino.
4. *Mares*, en el sentido específico de océanos, es masculino.
5. En algunos compuestos de *mar* se usa el femenino, como en *pleamar*.
6. Entre la gente marinera, el femenino tiene, a menudo, el sentido específico de *condición marítima, alta mar*.

Por otra parte, en el refranero se nota con cierta frecuencia la preferencia a usar el femenino, y algunos autores tienden a emplearlo en el estilo poético. Otra vez la "cuestión de amor" en el primitivo drama español se llama el artículo, ameno y documentado, de J. P. Wickersham Crawford. Para los que se ocupan de Gracián es del mayor interés la lec-

tura del artículo, publicado en español por M. Romera-Navarro, titulado "Notas bíblicas en El Criticón".

The Modern Language Journal.—Vol. XVII. May 1933, n.º 8.

Esta revista, una de las bases de la cultura filológica mundial, sólo aparece ocho veces al año, mensualmente desde octubre hasta mayo, inclusive, editada por la Federación Nacional Estadounidense de Profesores de Lengua Moderna. En el número 8, correspondiente a mayo último, son de notar los artículos *Algunos aspectos psicológicos de la lectura de un idioma extranjero*, de A. S. Patterson, y el estudio bibliográfico *Francia y el centenario de Goethe*, por Henry E. Haxo.

Polybiblion. (Publié par le Société Bibliographique et Organe de la Bibliothèque Centrale d'Etudes).—Août-Septembre 1933.

Comentando la aparición en la Editorial Plon de los tomos V y VI de *Mes Cahiers*, de Barrès, dice M. D'Alverny: "Casi todo habría que citarlo en estos dos volúmenes, que constituyen el más valioso de los documentos sobre un hombre de genio que fué también un hombre de gran corazón. Y esto justifica la indiscreción cometida el publicar estas notas íntimas, indiscreción que el mismo Barrès ha perdonado en estos términos (t. V, pág. 239):

"Yo no soy ya de esos que protestan cuando se publican los cajones de los grandes hombres de letras. No se consigue disminuir su excelencia porque se les ligue con la humanidad corriente. Lo que nos causa en los héroes es un comentario teatral; pero la verdad desnuda rejuvenece, resucita sus virtudes."

Imp. Galo Sáez. Mesón de Paños, 6. Tel. 11944. Madrid.

Leyes de la República Española

Colección JURIS

DIRECTOR: E. BARRIOBERO Y HERRÁN

Tomitos encuadernados en tela, utilísimos para Abogados, Procuradores, Jueces, Comerciantes, etc., etc.

VAN PUBLICADOS

	Ptas.		Ptas.
I.—Toda la legislación electoral.	3	IX.—El Divorcio y las leyes laicas de la República.	3
II.—Legislación del trabajo y de la jornada.	3	X.—Leyes del timbre y Derechos reales.	3
III.—Toda la legislación hipotecaria.	4	XI.—Código Penal de la República.	3
IV.—Todas las leyes políticas.	3	XII.—Toda la Legislación Agraria de la República.	3
V.—Legislación Municipal.	2	XIII.—Toda la Legislación sobre Accidentes del trabajo en la Industria y en la Agricultura.	3
VI.—Código Penal de 1870.	3		
VII.—Código de Comercio.	3		
VIII.—Manual del Jurado.	3		

Yagües * Editor * Madrid

Colección Popular de Leyes

Edición de un éxito enorme y a un precio reducidísimo, que contiene todas las Leyes nuevas, promulgadas por la República.
Edición muy cuidada.

VAN PUBLICADOS

I.—Jurados Mixtos.	X.—Tribunal de Garantías Constitucionales (dos volúmenes).
II.—Contrato de trabajo.	XI.—Ley de Ordenación bancaria y Estatutos del Banco de España (dos volúmenes).
III.—Accidentes de trabajo (dos volúmenes).	XII.—Ley de Orden Público y ley de Vagos (dos volúmenes).
IV.—Colocación obrera y trabajadores extranjeros.	
V.—Reglamento para la aplicación de la ley de Accidentes del trabajo. (dos volúmenes).	Precio de cada volumen: UNA peseta.
VI.—Régimen obligatorio del retiro obrero.	Todas van con anotaciones y acompañadas de las distintas disposiciones a que se hace alusión en el texto.
VII.—Seguro de maternidad.	
VIII.—Ley de paro forzoso.	
IX.—Patronato de Previsión Social.	

LOS GRANDES APÓSTOLES DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Colección ordenada y prologada
por Edmundo González-Blanco

Tomo I. *El socialismo expuesto por Carlos Marx* (agotado).

- » II. *El sindicalismo expuesto por Sorel.*
- » III. *El anarquismo expuesto por Kropotkin.*
- » IV. *El comunismo expuesto por Lenin.*
- » V. *El federalismo expuesto por Pi y Margall.*
- » VI. *El nacionalsocialismo expuesto por Hitler.*

En preparación: *El fascismo según Mussolini.*

No deje usted de adquirir esta colección, verdadera síntesis del actual
movimiento del Mundo.

Precio de cada volumen: CINCO pesetas.

DANTE VIVO

POR

GIOVANNI PAPINI

Un tomo de
400 páginas,
con una lámi-
na y sobrecu-
bierta: 8 ptas.

La figura del Dante
Alighieri, la imagen
del creador genial de
La Divina Comedia,
la vida del florentino
famoso, son exalta-
das y hasta puede
decirse reveladas por
primera vez por este
florentino ardiente
de catolicismo y de
lírica que es GIO-
VANNI PAPINI.

LIBRERÍA «RIVERO GIL»

SERVICIO GENERAL
DE LIBRERÍA

Publicaciones y material pedagógico.
Suscripciones a plazos.

BECEDO, 9 TELÉFONO 20-49
SANTANDER

LIBRERÍA GENERAL Jacinto González

LIBRERÍA RELIGIOSA Y ESCOLAR

Libros de texto * Librería extran-
jera * Bibliotecas populares * Bi-
bliotecas infantiles * Ventas a
plazos.

ZAMORA

Teléfono 139 - Apartado 18.

Cuenta corriente: Banco de España. Banco Herre-
ro. Banco Castellano. Banco Español de Crédito.

La Riforma costituzionale. Il Gran Consiglio del fascismo, por G. Pellegrini.—Chiurazzi. Nápoles.

L'Opera nazionale Dopolavoro nel sistema giuridico, por V. Perelli.—Zannoni. Padua.

Concerto variato, por Carlo Linati.—Orfini. Génova.

L'arte di Jacopo Bassano, por S. Bettini.—Apollo. Bologna.

L'Arte di Tommaso di Modena, por Luigi Coletti.—Apollo. Bologna.



A través de los noveles

Cuaderno sentimental. Estampas de Albacete, por José S. Serna.

Repasemos a vuelo pluma su diorama sentimental: *El alma del parque* tiene bellas imágenes "muy siglo XIX", pero conmovedoras. *La cabalgata de los Reyes* contiene el tesoro de un alma buena, precozmente desengañada ante los mayores, que "no creen ya" en los Reyes Magos. En la *Calle Mayor* hace una descripción cautivadora del paseo nocturno de la rúa provinciana con el hechizo y la puerilidad de todas las "calles Mayores" españolas. Oasis apacible en el camino del viajero que aspira el befeño de la provinciana quietud y se le cuele insensiblemente por el alma. *El puente de madera* es una rápida graciosa; bosquejo de cuento que nos descubre el alma oculta de las cosas. *El poeta que canta a la mujer manchega* no es otra cosa que el abrazo cordial al poeta hermano. *El pasaje nuevo* es otra dulce estampa provinciana. En torno al Liceo es una bengala que ilumina la senectud tranquila de los "graves señores" provincianos con una evocación de juventud. *La pobrecita Biblioteca Municipal*, un madrigal al libro. En *Aires de feria*, su panteísmo literario toca el tema taurino con destreza. *Estampa de feria*, chalaneo de gitanos errantes. *La feria se va*, melancólica despedida de la vuelta al remanso provinciano. *Nocturno del viejo café*, desagravio al romanticismo y un recuerdo cariñoso a Galdós. *La navaja inevitable*, una fantasía literaria y un tributo al tipismo.

El libro trae un epílogo en verso del poeta manchego Francisco Belmonte.

F. R. D.

El famoso libro de Karl Jaspers ha sido traducido al español por la Editorial Labor, que lo ha incluido en su "Biblioteca de Iniciación Cultural", en la que ocupa el número 346. Próximamente hemos de volver sobre este libro, pues su trascendencia impide que nos limitemos a dar cuenta de él, como lo hacemos aquí. El índice es ya bien demostrativo del actualismo significado de su contenido. He lo aquí: Primera parte: "Límites del régimen existencial." Segunda parte: "La voluntad en la totalidad." Tercera parte: "Decadencia y posibilidad del espíritu." Cuarta parte: "Cómo es concebido hoy el ser humano." Quinta parte: "Lo que puede ser del hombre."

Dice Jaspers en la introducción:

"Desde hace más de un siglo se ha planteado, con actitud de mayor urgencia cada vez, la cuestión relativa a la situación de la época. Y cada generación ha dado la réplica de su momento. Mas si antes constituía esto la reflexión de un reducido núcleo de personas, que sentían el peligro que amenazaba a nuestro mundo espiritual, puede decirse que, a partir de la guerra, pone esta cuestión sus interrogaciones en la mente de todos..." "Comparado con el de aquellos tiempos, puede decirse que está el hombre desarraigado, cercenadas sus raíces desde el momento en que sólo se considera dentro de una situación del ser humano históricamente condicionada."



Biblioteca Enciclopédica

Federico Torres viene dirigiendo la tan económica Biblioteca Enciclopédica Mundial, en la que se incluyen las más variadas materias. Van publicados hasta ahora los siguientes volúmenes, al precio de una peseta: I. *Miguel de Cervantes* (pensamientos, consejos, sentencias, refranes). II. *El Arcipreste de Hita*, por Federico Torres. III. *La civilización en el antiguo Egipto*, por E. González-Blanco. IV. *La evolución social*, por S. Hernández Ruiz. V. *Tres ensayos de humorismo nuevo*, por Federico Torres, y VI. *Lenin, su vida*.



ECO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	Ptas.
Seis meses.	3,00
Un año.	5,00
Extranjero, año.	7,50

Los señores suscriptores y lectores obtienen un descuento en sus compras de libros, dirigiendo sus pedidos a cualquier anunciante de ECO, o a la Administración de la Revista.

Publicidad y encartes, consúltese al señor Administrador de la Revista ECO. Apartado 502. Madrid.

Número suelto: 0,50 pesetas.



La Revista ECO está impresa y distribuida por la Agencia General de Librería y Artes Gráficas. Pi y Margall, 9. Apartado 502. Teléfono 26647.